BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LAS MONTAÑAS MOVEDIZAS

j. chandley

CIENCIA FICCION



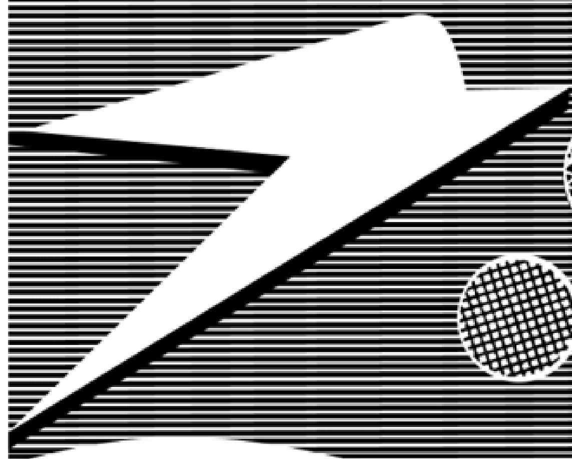
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

LAS MONTAÑAS MOVEDIZAS

j. chandley

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

J. CHANDLEY

LAS MONTAÑAS MOVEDIZAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 173

Publicación semanal

Aparece los VIERNEs



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

Depósito legal: B. 38.881 – 1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1973

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. *A*.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

168 — Enjambres humanos, ***J. Chandley***

169 — La casa del frío eterno, ***Silver Kane***

170 — La amenaza viene del pasado, ***A. Thorkent***

171 — La fábrica, Marcus Sidéreo

172 — Después del segundo diluvio, ***Glenn Parrish***

CAPITULO PRIMERO

Las sacudidas se sucedían en la astronave y a duras penas conseguía seguir ejerciendo el control de la misma.

El subteniente no pudo contenerse:

—Capitán, esos malditos nos van a pulverizar.

—No hay que adelantar acontecimientos, Steven.

Aunque el capitán Terence Stacy dijo estas palabras, no estaba muy seguro de salir con vida de aquel ataque inesperado.

Se trataba de cinco astronaves a las que no se les concedió la menor importancia por surcar una de las rutas utilizadas por aquellos vehículos que surcan el Cosmos para dirigirse a sus respectivos planetas.

Su vuelo era de pura rutina y, aunque les llamó la atención aquel grupo, tampoco esto podía ser causa de sospecha, puesto que se daba con alguna frecuencia el que en un largo viaje lo hicieran conjuntamente y por el camino cada uno se quedaba en su respectivo lugar.

Ahora lo que sí se salía de la normalidad, fue aquel ataque a traición.

El capitán Stacy imprimió un giro brusco a la astronave que tripulaba para, inmediatamente, encuadrar en el visor electrónico a una de las atacantes.

Accionó el dispositivo de los emisores de rayos invisibles y los efectos no se hicieron esperar.

En el más completo de los silencios, se produjo la desintegración total de aquella astronave que había elegido como primer blanco.

Le llamó la atención que cuatro de las astronaves llevaban un camuflaje especial, incluyendo la destruida, y sólo una de ellas era de un color azul.

Esta de color azul, se vio a las claras que trató de huir y las tres restantes salieron en su persecución, abandonando el ataque que habían iniciado contra el capitán y su tripulación.

El capitán le preguntó al subteniente:

—¿Qué te parece esto, Steven?

—Que han tomado miedo y no quieren exponerse.

—Yo más bien diría otra cosa, que no quieren perder a su presa.

—¿Qué presa, capitán?

—Por la formación que llevaban en principio, tengo la sospecha que la nave azul era prisionera de las otras camufladas.

—¿Quiere decir?

—No quiero decir, sino que casi tengo la seguridad.

—¿En qué se funda, capitán?

—La cosa está clara. El encontrarse con nosotros no les ha hecho mucha gracia, de ahí que nos han atacado sin previo aviso para no entorpecer su camino e intenciones.

—No termino de comprender.

—Me explicaré mejor. Por lo que sea, les interesa la nave azul y al reconocernos por nuestras siglas, han temido que dicha nave se comunicara con nosotros. ¿Modo de evitarlo? Destruirnos y seguir su camino.

—En ese caso..., ¿por qué huye la nave azul?

—Lo ignoro. Unicamente cabe una explicación y es que sacando partido de la confusión del momento, haya aprovechado la ocasión para escabullirse.

—Pues me parece que tiene razón, capitán. Pretenden darle alcance.

—Exacto, pero vamos a desbaratar sus planes.

El capitán Terence Stacy aceleró los impulsores al máximo y la distancia se iba acortando paulatinamente.

Las naves perseguidoras, seguramente se apercibieron de que a poco la proximidad de la nave encargada de la vigilancia del espacio podría resultar peligrosa.

Por eso, una de las tres se rezagó para cortar la veloz carrera del capitán, mientras las otras dos seguían en pos de la azul.

Stacy se apercibió de las intenciones por lo que comunicó a la tripulación:

—¡Atención a todos! Se nos avecina un nuevo combate.

La astronave rezagada se desvió de la ruta que llevaban las otras dos, al tiempo que tomaba una posición ventajosa.

El capitán, al descubrir su maniobra, comentó:

—Si creen que voy a picar en el anzuelo, están listos. Seguiremos adelante en pos de las otras dos.

Iba el subteniente a replicar, cuando escuchó de nuevo al capitán transmitiendo una orden:

—Sargento Mark, no perdáis de vista a la nave que se ha desviado y estad prevenidos ante un posible ataque por popa. Si nos importuna, haced uso de todos los elementos.

—Comprendido, señor. Así se hará.

Luego, volviéndose hacia el subteniente, le preguntó con cierta ironía:

—¿Has quedado tranquilo, Steven?

—No..., si yo no he dicho nada.

—Pero lo has pensado.

Al verse descubierto titubeó un poco para luego manifestar visiblemente turbado:

—Bueno..., pues pensaba que..., en efecto, nos podía atacar por retaguardia...

Y se calló un poco avergonzado por dudar de la eficacia de quien capitaneaba la astronave.

Por su parte, el capitán Terence Stacy centró su atención en los que iban delante, para luego indicarle a Steven:

—Pregunta a la pintada de azul si se halla en dificultades.

El subteniente manipuló en el aparato transmisor y orientador de emisiones, diciendo a continuación:

—Vigilancia del Espacio a nave azul. ¿Les sucede algo?

Esperaron unos segundos y al no recibir contestación, repitió la llamada.

El resultado fue el mismo. Un silencio absoluto.

Steven se volvió hacia el capitán para confirmar:

—No contestan pese a hacer uso del orientador, de la clave y onda espacial. ¿Será que tendrán bloqueadas las comunicaciones?

—No creo... Aun suponiendo que exista un bloqueo o una avería en los elementos de transmisión, ya sabes de sobra que para prevenir esta eventualidad, se llevan otros aparatos auxiliares. Insiste una vez más.

Obedeció la indicación de su jefe repitiendo la llamada y al igual que las veces anteriores, siguió el más completo mutismo.

No les dio tiempo a comentar la circunstancia, puesto que en aquel instante el sargento Mark anunció:

—Capitán, la nave se nos viene encima.

Conectó la pantalla retrovisora y, en efecto, la nave camuflada, se descolgaba veloz desde su altura, en relación con ellos, al tiempo que imprimía un movimiento zigzagueante.

Terence intuyó sus malsanas intenciones, por lo que ordenó al sargento:

—Mark, en cuanto la tengáis bajo nuestro radio de acción, disparáis. Es su única oportunidad de damos alcance.

—A la orden.

La nave camuflada seguramente sabía esto, que el único medio de alcanzar a la Vigilante del Espacio era en aquel momento, interceptando su ruta.

Pero al mismo tiempo, se comprendía que temían su efectividad por la suerte que había corrido aquella que pretendió detenerles.

Por eso, todavía a una distancia considerable, comenzó a lanzar sus andanadas, cuyos proyectiles se perdían en el espacio infinito, gracias a la pericia del capitán en saber escabullirse de la posición de tiro de la nave atacante.

Terence Stacy comentó con el subteniente:

—Está claro que si no nos la quitamos de encima, nos va a entorpecer la persecución y al mismo tiempo nos arriesgamos a que nos alcance uno de sus proyectiles.

Acto seguido, moderó la velocidad que llevaban, lo que permitió que la nave atacante se aproximara rápidamente.

La tensión a bordo era expectante. Los demás temieron que habían sido alcanzados por lo que irremisiblemente su fin estaba próximo.

Estos pensamientos seguramente también fueron compartidos por los de la nave atacante, puesto que también frenó la velocidad, confiados en que iba a ser una presa fácil.

El subteniente Steven ya no quiso decir nada, ni siquiera pensar sobre la estrategia de su capitán.

Hizo bien, puesto que Terence, imprimiendo todo el potencial a los impulsores, la astronave dio materialmente un salto en el espacio, pasando de una situación comprometida a otra altamente ventajosa.

Acto seguido, ordenó con voz enérgica:

—¡Fuego!

Por tradición, todavía utilizaban este convencionalismo ya que, en realidad, las armas emitían rayos invisibles que en el espacio libre no producían fuego por parte alguna, aunque sus efectos fueran devastadores.

La astronave camuflada, por una fracción de segundo, dio la sensación de quedar parada en el espacio, para a continuación dar una cabriola y estallar en mil pedazos.

Entre la tripulación estalló un:

—¡Hurra, capitán...!

Este correspondió:

—¡Bravo, muchachos! Habéis hecho un buen trabajo. Ahora a por los otros.

Fue imprimiendo velocidad hasta llegar al máximo de potencia desarrollada por los fantásticos impulsores con que iba equipado el vehículo espacial.

El capitán se lamentó:

—En parte se ha salido con la suya. Nos ha hecho perder un tiempo precioso y nos va a costar un poco más el darles alcance.

A lo que replicó el subteniente:

—Pero de este modo podemos ir más tranquilos. Me sentía incómodo el saber que un "abejorro" podía "aguijonarnos" de un momento a otro.

El capitán sonrió del símil utilizado por Steven al referirse a la nave que les importunó, comentando:

—Sí, es mejor tener la espalda descubierta que mal arropada. ¿A qué tiempo los tenemos?

El subteniente hizo unos cálculos y el resto se lo dio la computadora. A la vista de lo cual, contestó:

—Con la velocidad que llevamos, les daremos alcance dentro de media hora.

—Perfecto.

Acto seguido, estableció comunicación con el sargento:

—¿Mark?

—A la orden, señor.

—Que repongan las cargas y revisen los motores y demás elementos.

—Lo primero ya está hecho, señor. Me ocuparé de ordenar y supervisar lo segundo.

—Otra cosa, Mark. Equiparos todos con traje espacial de emergencia. Dentro de media hora tendremos de nuevo jaleo y en esta ocasión será más serio.

—Así se hará, señor.

La velocidad que desarrollaba la astronave del capitán, era ligeramente superior a las que tenían delante, de ahí que la distancia que les separaba se fuera reduciendo.

Lo que sí pudieron comprobar es que, tanto las pintadas con su peculiar camuflaje, como la de azul, se trataban de vehículos modernos, circunstancia que debía de tener muy en cuenta para cuando entablara combate.

El capitán Terence Stacy, una vez más intentó llegar a una solución pacífica, por lo que le dijo al subteniente:

—Steven, comunica de nuevo a esos insensatos que se identifiquen y depongan su actitud.

—De acuerdo.

Lanzó el mensaje, lo repitió dos o tres veces y tal como había sucedido con los anteriores, no obtuvieron contestación alguna.

—Capitán, aquí no respira nadie.

—¡Qué le vamos hacer…! Por lo menos nosotros ya lo hemos intentado todo y desde el momento que se callan es que tendrán que ocultar algo.

—Eso me temo.

—Pues les vamos a mandar unos avisos más contundentes.

—Comparto su criterio, capitán.

CAPITULO II

Terence se dispuso a poner en acción los emisores de rayos a larga distancia, con reducida carga para que sus efectos no fueran tan contundentes.

Antes, fijó en el visor a la nave que quedaba a su derecha, según el sentido de la marcha que llevaban.

Accionó el pulsador y acto seguido, hizo otro tanto con la que iba a su izquierda.

Se notó que los rayos habían llegado a su destino, porque ambas naves se tambalearon y se desviaron ligeramente de la trayectoria que llevaban.

Pero a los pocos segundos se recuperaron y prosiguieron en la persecución de la azul.

En vista de que el aviso no surtió el efecto deseado, el capitán manifestó:

—Son tercos...

La considerable distancia que les separaba en un principio, se había reducido notablemente.

—No nos queda más remedio que actuar, si es que queremos seguir existiendo.

Las palabras del capitán pareció que llegaron a oídos de los perseguidores.

Una de las naves camufladas, efectuó un giro para hacer frente a la de Vigilancia del Espacio.

Terence Stacy le siguió en la maniobra y todavía hizo más. Ocupó un plano superior a aquella que se disponía a hacerles frente.

La nave camuflada, al verse frustrada en su intento, inició un brusco cambio de dirección para pretender atacarlos por detrás.

El capitán, por los combates que había sostenido con las otras dos que desintegró, dedujo que su poder ofensivo residía en la parte frontal, en proa, de ahí que se cuidó mucho de no presentar blanco.

Pero quien pilotaba aquella cosmonave, era un experto en la maniobra, puesto que bruscamente cambió de posición y unos proyectiles rebotaron en el fuselaje de la nave que comandaba el capitán.

De no intuir Terence sus intenciones y desviar su nave a tiempo, les hubieran alcanzado de lleno.

Era evidente que los de la nave camuflada también se mostraban prudentes y estaban enterados del potencial de la nave Vigilante del Espacio, puesto que procuraban presentar el menor blanco posible.

Se enfrentaban dos cerebros muy conocedores de la estrategia y en varias ocasiones, tanto el uno como el otro, cuando creían salir victoriosos, los proyectiles o rayos invisibles se perdían en el infinito.

La tensión del momento volvió a hacer mella en la tripulación. Confiaba plenamente en su capitán, pero algunos llegaron a dudar de su eficacia.

Terence Stacy decidió terminar de una vez con aquel juego peligroso.

Aceleró al máximo los potentes impulsores y la astronave dio materialmente un brinco. Hizo un giro cerrado hacia la derecha y durante una décima de segundo tuvo encuadrada en el visor a la nave camuflada.

Fue más que suficiente.

Accionó los emisores de rayos y la nave enemiga pareció encabritarse, para luego desintegrarse en medio del silencio imponente del Cosmos.

En los rostros de los componentes de la tripulación, pareció que la tranquilidad volvía a ellos e incluso el subteniente comentó:

—Ha sido un hueso duro de roer, capitán.

—Sí, en efecto. Pero... ¡Mira qué ocurre allá!

Steven miró hacia donde le indicaba su capitán.

Absortos en el duelo sostenido, hasta aquel momento no se dieron cuenta que la única astronave camuflada que quedaba y la azul, estaban evolucionando enzarzadas en un combate.

El subteniente, preguntó extrañado:

—¿Y por qué no habrá presentado batalla antes?

—Pues lo más seguro por encontrarse en inferioridad de condiciones.

—¿Vamos a intervenir?

—No sé, Steven... El que tanto unos como otros hayan hecho caso omiso a nuestras llamadas, me da mucho que pensar. Por otra parte, nuestra obligación, es la de mantener la seguridad y la paz en el espacio.

—Pero está claro que las naves camufladas han sido las agresoras.

—Dices bien, Steven, y en tal caso no nos queda más remedio que acudir en auxilio de la azul.

Se fueron aproximando a la zona donde ambas naves trataban de aprovechar la menor oportunidad para eliminar a la oponente, y de pronto, de forma sorprendente, dejaron de combatir.

Steven miró perplejo al capitán y éste, pensativo, exclamó más bien para sí:

—¡Qué raro...!

Tanto la nave camuflada, como la azul, paralelamente, se dirigían al encuentro de la Vigilante del Espacio como para someterse a su autoridad.

—Steven, esto no me gusta nada... Permanece atento y encuadra en tu visor a la azul. Yo haré otro tanto con la camuflada.

Terence redujo la velocidad, pero sin descender del plano superior que ocupaba en relación a las otras dos astronaves.

Intuía que aquello podía encerrar algo turbio, de ahí el mostrarse prudente y sin tomar la iniciativa.

Posteriormente, al observar que las dos astronaves ascendían para colocarse a su misma altura, se aferró más a sus presentimientos.

Le recordó a Steven:

—No pierdas de vista a la azul.

—Así lo hago, capitán.

Terence fue elevando paulatinamente la astronave que

capitaneaba. Quería mantener a toda costa su posición ventajosa sobre las demás.

La maniobra seguramente no pasó desapercibida para las naves oponentes que, inesperadamente avanzaron a toda velocidad disparando sus armas.

—¡Ahora...! —le gritó el capitán al subteniente mientras él accionaba el disparador.

Una explosión se produjo muy cerca de la cabina de mando, a consecuencia de la cual el subteniente fue arrancado de su asiento.

En tanto, los rayos lanzados por el capitán, habían alcanzado a la nave camuflada y, aunque no le dio de lleno, se la notaba visiblemente tocada.

Terence accionó los mandos para salirse de aquella zona peligrosa. Los notó agarrotados. Probó de nuevo con mayor ímpetu y la nave respondió, aunque muy lentamente.

Se hallaba en una situación apurada y a merced de la nave azul.

Se agravó la cuestión, cuando el sargento comunicó:

—Capitán, tenemos heridos a bordo. He tenido que cerrar el compartimiento del sistema directriz. Hay un boquete.

—¿Heridos graves, Mark?

—Todavía no lo sé. El doctor Wayne se ocupa de ellos.

—No descuidéis las defensas.

Y tras esta escueta recomendación, cortó la comunicación para dedicar toda su atención al problema que se le había presentado.

Ahora se explicaba el porqué de aquel agarrotamiento en los mandos y la lentitud de obediencia de la nave.

No quiso participar esta dificultad para no aumentar la tensión entre la tripulación que ya de por sí era bastante.

Para suplir esta deficiencia, se limitó a hacer uso de los cohetes directores laterales, dorsal y ventral para el manejo de la astronave.

El capitán sabía que en tales circunstancias sus posibilidades de éxito eran muy remotas.

Steven se levantó del suelo y cogiéndose como pudo, se colocó de nuevo en el asiento.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Qué ha pasado, capitán?

—Nada. Por lo visto tenías ganas de tumbarte un poco y lo has hecho.

El subteniente pareció recordar al momento lo sucedido, puesto que se disculpó:

—Perdone, capitán. No me dio tiempo de accionar los rayos invisibles.

—Lo imagino... Si te hallas en condiciones, vuelve a fijar tu atención en la nave azul. Es la única que está en perfecto funcionamiento.

—¿Quiere decir que tenemos avería?

—Eso me temo.

Los de la nave azul se dieron cuenta de su ventaja y. aunque en un principio dio la sensación de haber pactado con su enemigo más directo para deshacerse de la Vigilante del Espacio, lo que sucedió a continuación lo desmintió rotundamente.

La nave azul enfiló hacia la otra camuflada y averiada a la vez, comenzando a disparar a placer.

El capitán, aun tratándose de una nave que se declaró su enemiga, le indignó que la azul se aprovechara de la superioridad y no pudo por menos de exclamar:

—¡Serán traidores...! Esto es como un asesinato.

Hizo girar la nave que tripulaba, pero la lentitud de la maniobra le impidió llegar a tiempo para impedir lo que consideraba un atropello.

Como era de esperar, la nave pintada con el camuflaje, terminaba de estallar en miles de pedazos.

La azul, obsesionada en eliminar a la que por tan corto tiempo se convirtió en su aliada, no pudo apercibirse de la maniobra del capitán.

Terence Stacy la encuadró en su visor, con la dificultad de que a

duras penas podía mantener la posición de su nave.

No obstante, pulsó los emisores de rayos invisibles, a tiempo que indicaba al subteniente que hiciera lo mismo.

La nave azul se sacudió ostensiblemente, pero no la alcanzaron de lleno, ya que de lo contrario hubiera quedado totalmente desintegrada.

Como réplica, les envió una andanada que estremeció a la Vigilante del Espacio.

En el salpicadero que tenía ante sí el capitán, con infinidad de indicadores, se encendió un piloto, emitiendo unos destellos de luz roja.

Al ver aquello, el capitán exclamó:

—¡Maldición…! Nos han averiado uno de los propulsores, el de babor.

Rápidamente, comunicó:

—¡Mark! Bloquea el combustible del propulsor de babor.

—A la orden.

El tomar tal medida fue para evitar la pérdida de fluido y el peligro de una consecuente explosión.

Entretanto, la nave azul no esperó a saber los resultados de su ataque en respuesta al que le había dirigido la Vigilante del Espacio.

Se fue alejando, aumentando entre ellos la distancia por el momento.

El capitán intentó darle alcance, pero muy a pesar suyo, no tardó en convencerse que esto era un imposible, debido al estado en que habían dejado su vehículo espacial a consecuencia de los impactos recibidos.

Más tarde, pudo darse cuenta de una particularidad y fue que la nave azul parecía también atravesar por dificultades, puesto que la ventaja que sacó en principio, ahora se mantenía invariable.

Esto le hizo suponer que también había recibido lo suyo, de lo contrario, tenía la plena seguridad de que, dado el comportamiento de la misma, no hubieran dudado en eliminarlos por completo.

Tras efectuar unas comprobaciones, le preguntó al subteniente:

—Steven, ¿te encuentras en condiciones de gobernar la nave?

—Sí, capitán.

—Mantén el rumbo fijado. Hay que llegar como podamos a la Base. La nave azul tiene lo suyo y no creo que se encuentre con fuerzas para atacarnos de nuevo. De todos modos, por si acaso, no la pierdas de vista y tenme al corriente de cualquier novedad que se produzca. Voy a interesarme por los heridos y los daños que nos han originado.

—De acuerdo, capitán. Puede ir tranquilo.

Lo primero que hizo fue dirigirse a la enfermería-hospital que llevaban instalada a bordo y que era atendida por el teniente médico Wayne.

La imponente figura del capitán Terence Stacy, hizo acto de presencia en la estancia.

Fue directamente adonde estaba Wayne y le preguntó:

—¿Cómo están los muchachos?

—Afortunadamente, ninguno de gravedad, Terence.

Pareció que respiró aliviado al manifestar:

—Menos mal... Voy a verles.

Acompañado por el doctor, fue visitando uno por uno, charlando con ellos y prodigándoles palabras de tranquilidad.

Los muchachos agradecieron sinceramente su interés.

Sabían que el capitán era muy humano, capaz de sacrificarse por cualquiera de ellos, por insignificante que fuera, y que no permitía el más ligero abuso de autoridad, aunque a la hora de la verdad exigía la disciplina y era él quien primero daba el ejemplo.

Su rostro bondadoso infundía confianza y respeto a la vez y más que un superior, veían en él a un camarada.

CAPITULO III

Al día siguiente de haber llegado felizmente a la Base, tras ímprobos esfuerzos a consecuencia del estado en que había quedado la nave, el capitán Terence Stacy, tuvo noticias de que se vio una astronave merodear en la región que se conocía por Los Aguiluchos.

Tuvo un presentimiento.

Hasta el contacto con la atmósfera terrestre de nuestro planeta, la nave azul les precedió en el camino. Posteriormente, la perdieron de vista.

Por el rumbo que llevaban las dos astronaves, a la fuerza tenían que pasar por Los Aguiluchos, y al enterarse que a una nave se la vio por aquella zona, le llamó poderosamente la atención.

Así se lo expuso al coronel Milles, jefe de la sección Vigilancia del Espacio, de quien dependía directamente el capitán.

—Señor, ha llegado a mi conocimiento este hecho.

Y le entregó la notificación referente a la nave y región donde fue avistada.

El coronel la leyó y una vez enterado, preguntó:

—¿Y bien... ?

—Desearía autorización para investigar directamente esa zona.

—Pero Stacy, terminas de llegar de una agotadora misión. Deja que lo hagan otros. Ya te he dicho que mientras dure la reparación de tu astronave, te tomes un buen descanso. Te lo mereces.

—Señor, perdone mi insistencia. Es cuestión de amor propio, pues sospecho que se trata de la misma nave azul que cito en mis informes.

—Si dices que la perdisteis de vista al llegar a la atmósfera terrestre, ¿cómo puedes afirmar que se trate de la misma?

El capitán Stacy conocía bien a su coronel y sabía que en ocasiones afirmaba categóricamente que le habían dicho esto o aquello para que, según la contestación que le daban, juzgar si lo que le exponían valía la pena tenerlo en cuenta o no.

—No he dado una afirmación categórica, señor. He dicho que sospecho pudiera tratarse de la misma que nos precedía durante todo el trayecto.

El coronel le miró fijamente y con una sonrisa en la que ocultaba su satisfacción por contar con hombres como el capitán bajo su mando, le contestó:

—Está bien, Terence. Pero conste que como te arriesgues demasiado y te dejen tieso, luego te las tendrás que ver conmigo en el valle de Josafat y cumplir el arresto correspondiente.

—Si tal desagradable circunstancia se produce, no dude que me presentaré ante usted.

—Pues que no se produzca, me seduce más la actualidad que un futuro incierto. Así que puedes disponer de lo necesario para esa investigación. Pero te quiero vivo. Yo pienso ir muy tarde a ese valle.

—Por la cuenta que me tiene, tampoco me hace mucha gracia tenerle que esperar, señor.

—Bien, ya que estamos de acuerdo, aguardaré aquí para que me des los resultados de tus presentidos descubrimientos.

Y sin más, se despidió de su coronel.

* * *

Juzgó conveniente no hacer uso de cualquier vehículo de la Base, para no suscitar sospechas.

Mantuvo una larga conferencia con el subteniente Steven a quien le expuso lo que había planeado y sus deseos de desplazarse.

Antes de que terminara, el subteniente manifestó:

—Quiero ir con usted, capitán.

—Ten presente, Steven, que no tienes por qué exponerte. Esto que voy a hacer es extraoficial, por lo tanto no te liga ningún compromiso.

—De todos modos, deseo ir.

—Pero hombre... ¿No tienes ninguna chica que te espere para que le hagas compañía?

—Sí, y aunque sea pecando de inmodestia, le diré que más de

una.

—Entonces, disfruta plenamente de estos días de permiso que nos ha concedido el coronel.

—Me aburren las muchachas... Desde el primer momento ya definen su postura y todo aliciente que se pudiera suscitar, queda postergado por sus concesiones.

—Te comprendo perfectamente puesto que a mí me sucede lo mismo.

—¿Así podré acompañarle, capitán?

Terence guardó silencio durante un instante, para luego responderle:

—De acuerdo, vendrás conmigo. Pero antes he de hacerte una advertencia para que luego no puedas llamarte a engaño y una vez enterado, todavía te podrás volver atrás si la cuestión no te convence.

—Adelante, capitán.

—Primero que todo tendrás que olvidarte por completo de mi graduación y hablarme de tú. Vamos a ser dos buenos camaradas que se disponen a recorrer Los Aguiluchos, en busca de ejemplares salvajes.

—De acuerdo..., Stacy.

—No, Steven, nada del apellido. Por el nombre, tal como yo hago contigo.

—Está bien, Terence.

—Muy bien, así suena mejor. ¿Conoces Los Aguiluchos?

—Sé que es un lugar montañoso, pero jamás he estado allí.

—Pues es más de lo que imaginas. Lo sé muy bien por haberlo recorrido en varias ocasiones en pos de la caza.

—¡Ya...!

—Te aseguro que es agotador y aun teniendo suerte de descubrir la pieza, si es que ha dejado el rastro, habrá momentos en que el cansancio te dejará agotado.

—No me importa. Me gusta el monte.

—Espera, no he terminado. Una vez metidos allí, la civilización queda un poco alejada, por lo que tendremos que cargar con los pertrechos pertinentes para valernos por nosotros mismos, ya que no es lugar para montar un centro de abastecimientos.

—Tampoco me importa. Unos días en contacto completo con la Naturaleza, me irán bien.

Terence esbozó una sonrisa al advertirle:

—Quizá ese contacto llegue a resultarte agobiante.

—Lo soportaré.

—Y por último, queda lo más importante. Ignoro los riesgos que vamos a correr, pero sospecho que no serán pocos si se confirma mi presentimiento… Así que recapacita sobre cuanto te he dicho y tú dirás.

Las pupilas del subteniente se iluminaban de entusiasmo y no dudó en afirmar:

—Aun con toda la negrura que me lo has pintado, estoy decidido a acompañarte.

—De acuerdo, ni una palabra más. Vamos a hacer los preparativos y partiremos en seguida.

* * *

La presencia de aquellos dos jóvenes equipados con pertrechos de caza y de alta montaña, no llamó la atención puesto que era frecuente verles atraídos por la consecución de algún ejemplar, de los muchos que todavía habían por aquella zona.

Terence y Steven dejaron pronto la ciudad y fueron ascendiendo por la ladera.

A mitad del ascenso, hicieron un alto y Steven no pudo contenerse de manifestar con entusiasmo:

—Esto es imponente, Terence.

—Pues todavía estamos al principio. Ya me contarás más tarde.

Tras un breve descanso, reanudaron la marcha hasta alcanzar una meseta, desde la cual se divisaban con toda nitidez aquella serie de imponentes picos que le valieron el calificativo de Los Aguiluchos.

Terence, le apremió:

—Tenemos que forzar el ritmo para llegar cuanto antes al más elevado. El Real, como se le llama. Desde allí podremos dominar toda la zona. Es un excelente puesto de observación. Ya verás como me das la razón.

Steven se abstuvo de comentarios. Aquello ya no parecía entusiasmarle tanto y pensó, que con un pequeño vehículo aéreo se hubieran evitado toda la fatiga que comenzaba a pesarle y el camino que todavía les faltaba por recorrer.

Claro que inmediatamente apartó de sí estos pensamientos, puesto que hubiera sido como anunciar una visita a quienes se pretendía sorprender..., en el caso de que el capitán estuviera en lo cierto.

Por otra parte, él había aceptado con todas las consecuencias, así que no tenía más remedio que callarse.

A Terence no le pasó por alto su significativo mutismo y con manifiesta ironía, le indicó:

—Si no te encuentras con fuerzas, instalas aquí tu "hotel", y descansas. Yo te esperaré en El Real. El camino es fácil y no tiene pérdida.

Steven le miró y con el mismo tono, le contestó:

—No, gracias... Me impone la soledad y no vaya a ser que merodee por aquí alguna fiera con ansias de darse un banquete a costa de mi sabrosa y tierna carne.

—Pues ya sabes lo que te toca si no te sientes dadivoso.

Prosiguieron la escalada y por fin llegaron a su punto de destino, El Real.

Steven se quedó maravillado de la panorámica que se divisaba y así lo manifestó:

—¡Es magnifico, Terence...!

—Ya te lo decía. ¿Verdad que vale la pena el esfuerzo?

Steven reconoció sinceramente:

—Desde luego.

Terence dejó que su acompañante se saturara de aquellas vistas, mientras que él, con unos potentes prismáticos, recorría palmo a palmo los alrededores.

Posteriormente, Steven le secundó en aquel trabajo.

En su recorrido visual, descubrieron codiciadas piezas, pero, naturalmente, se abstuvieron de efectuar disparos para no "espantar" la otra clase de caza que perseguían.

—¿Ves algo, Steven?

—Salvo algún que otro ciervo o lo que sea, nada de particular. ¿Y tú?

—Lo mismo. Nada de lo que nos interesa.

—¡Mira que si no nos ha servido para nada la excursioncita...! —apuntó Steven con cierta reticencia.

—Hombre..., según los informes, la nave avistada por aquí presentaba dificultades de vuelo y súbitamente se la vio desaparecer. Por lo que nosotros comprobamos era un hecho que la nave azul estaba averiada y por la ruta que llevaba, forzosamente tenía que pasar por aquí.

—Sí, todo lo que has dicho en teoría está muy acertado, pero la realidad ahí la tenemos, o sea, ningún indicio de su presencia.

Estaban hablando sin separar los prismáticos de sus ojos, guiados por su afán de descubrir algún indicio que les pusiera sobre la pista.

El sol comenzaba a declinar y un fugaz destello llamó la atención a Terence, que inmediatamente fijó su vista en el lugar de donde había partido.

Allá en el fondo descubrió un pequeño vehiculo, apto para toda clase de terreno, que se deslizaba dando tumbos.

—¿Steven?

—Dime.

—Mira hacia el fondo, en esta dirección.

El aludido siguió la indicación del capitán.

—¿Ves algo?

—Nada de particular que no sean rocas.

—Toma de referencia aquella peña en forma de cabeza humana. Pues bien, debajo de la misma.

Al cabo de unos segundos, manifestó Steven:

—Sí, un vehículo.

—Exacto.

—¿Y qué puede hacer por ahí?

Es lo que hay que tratar de averiguar.

—¿Qué supones?

—No quiero adelantar acontecimientos. Esperaremos a ver los resultados.

El resultado fue que a poco el vehículo se detuvo, y los ocupantes se apearon al encontrarse con otros personajes que habían aparecido en su campo visual.

Prosiguieron en su observación y vieron que trasladaban unos cuerpos humanos que presentaban heridas y magullamientos.

Terence, aseveró:

—Esto me confirma que la astronave ha capotado no muy lejos de donde se halla el vehículo.

—¿Y cómo no se ve?

—Se encontrará en alguna hondonada.

—Eso debe ser.

—No tendremos más remedio que acercarnos. Así que disponte a descender.

Steven, medio en broma y medio en serio, manifestó:

—¡Caramba...! De avisar antes, nos hubieran evitado esta dichosa escalada...

Terence le miró y con su tono irónico, le contestó:

—Sí, tienes toda la razón. Por lo visto son unos maleducados. Les rogaremos que nos participen sus andanzas. ¿Te parece bien?

—No estaría mal... De este modo nos ahorrarían un exceso de ejercicio.

—¿Quieres decirme que no ha valido la pena el sacrificio por la vista que desde aquí se disfruta?

—Hombre, pues te diré... Desde el aire también tienes buenas vistas y las disfrutas... sin fatiga alguna.

—Estoy comprobando que estás hecho un vejestorio. El ejercicio es sano. Anda, déjate de habladurías y en marcha, de lo contrario nos va a sorprender la noche en este lugar.

Steven, con gesto resignado, recogió sus pertenencias y se dispuso a seguir a su capitán.

En efecto, tenían que darse prisa, pues si les cogía la noche, hasta el día siguiente no se podrían mover, puesto que si se aventuraban a andar a oscuras por aquel terreno, lo más probable es que se despeñaran.

Por otra parte, no podían hacer uso de luces ya que con ello delatarían su presencia y esto no les interesaba.

CAPITULO IV

Tardaron en llegar a las inmediaciones donde descubrieron el vehículo más de lo que en un principio calculó Terence.

Esto fue a consecuencia de que tuvieron que dar unos rodeos con la finalidad de evitar que fueran descubiertos y por otra parte, la noche se les echó encima, a consecuencia de lo cual, el último tramo tuvieron que cubrirlo con sumo cuidado.

Se guiaron por el resplandor de unas luces y cuál no fue su sorpresa que, creyendo procedían del vehículo que divisaron, al llegar no había ni rastro del mismo.

Steven, en voz baja, manifestó:

—Aquí no hay nada. En cambio, ese resplandor...

—Procede del cortado que tenemos delante.

—¿Pero no era aquí donde vimos el vehículo?

—En efecto. Posiblemente éste se haya ido y lo que tenemos que aclarar es la procedencia de ese resplandor.

Cautelosamente se fueron acercando al borde de aquel cortado y en el fondo vieron unos focos que iluminaban en parte una masa de hierros retorcidos.

Steven, exclamó:

—¡Eh! Eso parecen los restos de una nave...

—No es que lo parezca, sino que lo son. Y es más, fíjate por un momento en el color de la pintura...

Al cabo de unos segundos, Steven volvió a exclamar:

—¡Atiza...! Tenías razón, capi..., digo, Terence.

—Andate con cuidado en lo que dices...

No le dio tiempo a terminar lo que quería advertirle.

Un potente haz de luz invadió el lugar que ocupaban.

Terence empujó enérgicamente a Steven hacia el suelo, para

protegerse en. la sombra que proyectaban unas rocas.

Permanecieron unos momentos agazapados, durante los cuales hasta la respiración contuvieron.

Aquella luz sí que procedía de un vehículo, seguramente del mismo que vieron en principio o de otro de las mismas características.

Lo cierto es que aquel vehículo, tras efectuar unas maniobras, se estacionó a corta distancia de donde permanecían ocultos.

Terence dio un respiro de alivio, puesto que creyó, en un principio, que habían sido sorprendidos por aquellos que llegaron de forma tan inesperada.

Vieron bajar a dos individuos que se encaminaron, por la zona iluminada de los focos del vehículo, hacia el borde del cortado y por sendas escaleras, allí sujetas, desaparecieron en su descenso.

Terence, con el codo le dio unos ligeros toques a Steven que se los devolvió para dar a entender que también se había fijado en tal circunstancia.

Permanecieron a la espera y tras oír voces en el fondo, al poco rato, aparecieron dos hombres que fueron emergiendo del cortado, con ayuda de la escalera, y llevando sendas cajas de un tamaño no muy grande, aunque, a juzgar por sus esfuerzos, tenían que pesar lo suyo.

Se dirigieron al vehículo en donde las depositaron y se volvieron de nuevo a las escaleras.

Una vez desaparecieron, Steven, de forma impulsiva, preguntó en voz baja:

—¿Vamos a ver lo que contienen?

—Espera... Estoy controlando el tiempo que van a tardar. Si efectúan un tercer viaje, entonces podremos acercarnos con cierta garantía.

El subteniente guardó silencio ante tal razonamiento. Consideró muy acertadas las palabras de su capitán y se convenció que le quedaba todavía mucho por aprender.

Transcurridos unos minutos, de nuevo hicieron acto de presencia los mismos hombres y con cajas de idéntico formato a las anteriores.

Terence ya tenía cronometrado el tiempo que habían invertido.

Por lo tanto, tan pronto quedó el terreno despejado, se aproximaron al vehículo e intentaron abrir una de las cajas.

Sus esfuerzos resultaron inútiles, puesto que estaban bien cerradas.

Terence, le indicó:

—Volvamos a nuestro puesto de observación.

Nada más agazaparse, cuando descubrieron unas sombras que se aproximaban a donde quedaron depositadas las cajas en cuestión.

Por lo menos, eran cuatro.

—Tenemos compañía, Steven —le indicó muy bajito Terence.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Momentos después, reaparecieron aquellos individuos trasladando la correspondiente mercancía.

Uno de ellos se paró y depositó la caja que llevaba en el suelo y le indicó al otro:

—Oye... Yo no puedo aguantarme mi curiosidad por averiguar su contenido. Es superior a mis fuerzas.

—Pues mejor será que sigas ignorándolo. Ya conoces las órdenes.

—Mira, escucha bien lo que te digo... Por palabras que he captado, sospecho que aquí se encierra algo de valor. Nos pagan una miseria. Nadie se va a enterar... Si lo que contienen no vale la pena, nos quedamos como estamos. Pero si es lo contrario, desperdiciaremos una magnífica oportunidad.

—Pero...

Bien a las claras se notaba que su voluntad se tambaleaba, por lo que el que le hizo la proposición no le dio tiempo a pensar, volviendo a la carga:

—No tienes por qué preocuparte. En esto nada tenemos que perder y sí puede que mucho a ganar.

—Pero al forzar la caja...

—¡Bah...! Tienes muy poca imaginación, muchacho.

Caso de no interesar diremos que se nos ha caído y aquí no ha pasado nada.

Y sin extenderse en más explicaciones, cogió una herramienta y procedió a forzar el cierre.

Nada más quedó libre de la sujeción y levantar la tapa, miles de destellos brotaron de su interior al recibir de lleno la luz de los faros del vehículo.

Los dos sujetos se quedaron paralizados, sin dar crédito a lo que veían sus ojos desorbitados por la avaricia que en los mismos se había suscitado.

El promotor de todo aquello, le manifestó:

—¿Qué te decía yo...? ¡Mira...! Llena de joyas, de oro...

Y con ambas manos, lleno de alegría, manoseaba su contenido.

Terence y Steven eran ocultos testigos de aquel hecho y beneficiados a la vez en enterarse de lo que pretendieron averiguar sin resultado positivo.

Pero la alegría de aquellos dos que intentaban apoderarse del tesoro, les duró muy poco.

Cuatro sombras se movieron por la zona en penumbras, para colocarse tras ellos y una voz femenina y enérgica a la vez, les conminó:

—¡Quietos...!

La reacción de los sorprendidos fue rápida. Echaron mano al cinto y extrayendo sus armas dispararon rápidamente, pero al mismo tiempo sonaron otras detonaciones.

Dos sombras se abatieron, más el que abrió la caja y su cómplice, también yacían en el suelo sin señales de vida.

La mujer, con rabia, masculló:

—¡Traidores...! ¡Ya me recelaba yo...!

Posteriormente se volvió y dirigiéndose a los demás preguntó indiferente:

—¿Cómo estáis?

—Yo estoy tocado. Los otros dos, muertos.

—Nunca me hacéis caso y ya veis las consecuencias. Deja que vea lo que tienes.

El aludido, renqueante, se aproximó a la luz y le mostró una herida en la pierna.

La mujer se rasgó un pedazo de tela del faldón de la blusa que llevaba y lo anudó alrededor de la herida.

Terence y Steven no pudieron verle la cara a la mujer por estar de espaldas a la luz. Sólo pudieron apreciar que llevaba una falda corta, a medio muslo, calzado de media caña, blusa sin mangas y el pelo suelto que le caía sobre los hombros y espalda, de un color rojizo.

Cuando terminó su rudimentaria cura, manifestó:

—Ya está... Con esto creo que podrás aguantar hasta que lleguemos. Vamos a recoger las cajas y las depositaremos en el vehículo.

Al inclinarse la mujer, pudieron ver que sangraba de un brazo, circunstancia en la que también reparó el herido en la pierna.

—Tú también estás tocada, jefa.

—No tiene importancia. Un simple rasguño.

Trasladaron las dos cajas al vehículo, y luego, oyeron de nuevo la voz de la mujer:

—Están todas. Vámonos.

—¿Qué hacemos con los muertos?

—No nos sirven para nada. Ya darán buena cuenta de ellos las alimañas. ¿Te encuentras con suficientes fuerzas para conducir?

—No sé... Me duele mucho la pierna.

—Pues ignoro cómo nos vamos a arreglar. A mí me empieza a fastidiar el brazo...

Se callaron por un momento y luego, se oyó a la mujer, como quien ha tomado una decisión:

—Mira, vamos a probar de llegar al otro vehículo que resulta más manejable. Iremos despacio, pues al menor descuido nos vamos por el

precipicio.

Pusieron el motor en marcha que sonó con un ligero zumbido y luego de maniobrar, circunstancia por la cual Terence y Steven, tuvieron que ocultarse más para que la luz no delatara su presencia, y una vez dada la vuelta, lentamente emprendieron el camino de regreso.

Una vez se alejaron un poco, Terence dijo:

—En marcha, Steven. Las luces del vehículo nos permitirán seguirles con facilidad.

En efecto, debido a la lenta velocidad, por el estado de sus ocupantes y del terreno en sí, con toda comodidad mantenían la distancia e incluso, en ocasiones, tenían que detenerse para que en caso de volverse, no les descubrieran.

De este modo anduvieron un buen trecho y notaron que la marcha se hacía más lenta y las paradas se sucedían con manifiesta frecuencia.

Terence, comentó por lo bajo:

—Me parece que si el otro vehículo está muy lejos, éstos no llegan.

—Esa impresión da.

Hubo un momento en que el capitán y el subteniente se quedaron casi sin respiración.

Fue en un recodo. El camino se estrechaba, si aquello merecía tal calificativo, y el vehículo que les precedía, basculó peligrosamente, estando en un tris de lanzarse al vacío.

Los ocupantes, por lo que dedujeron, se llevaron un buen susto, puesto que salvado aquel obstáculo permanecieron un buen rato parados.

Esto también les vino bien a ellos, para tomarse un descanso en su persecución.

Reanudaron la marcha cuando los que iban delante así lo hicieron y cuando torcieron aquel recodo, descubrieron a poca distancia el otro vehículo que, a juzgar por el tamaño, resultaría más manejable.

Steven le dio un codazo a Terence, susurrándole:

—Mira, ahí está.

—Sí, ya lo veo.

—¿Qué hacemos?

—Aproximarnos y esperar su actuación.

Acortaron el trecho que les separaba, permitiéndoles escuchar con toda nitidez la conversación de la mujer y del hombre. La primera, decía:

—Ahora trasladaremos las cajas al otro vehículo.

—No sé si podré ayudarte, jefa. Me duele mucho la pierna.

—Y a mí el brazo. Pero hay que intentarlo. Hemos pasado lo más difícil.

El hombre, con enorme esfuerzo se apeó y apenas si podía sostenerse de pie.

La mujer, por su parte, no disfrutaba de mejores condiciones. Mantenía el brazo derecho completamente inerte.

Intentaron trasladar las cajas, pero bien poco pudo hacer la mujer utilizando un solo brazo por el excesivo peso de las mismas, y en cuanto al hombre, bastante hacía con sostenerse de pie.

—Jefa… Será mejor que lo dejemos todo donde está y mandes a recogerlas. Por aquí no hay nadie y menos a estas horas. Nosotros no podemos…

—Pero esto no puede quedar abandonado.

—Pues tú verás lo que haces. Si nos quedamos junto a las cajas, lo más seguro es que encontrarán dos cadáveres más, puesto que yo sigo sangrando y tú creo que te hallas en idénticas condiciones.

Los argumentos que adujo el hombre, parecieron hacer mella en ella, quien tras meditar durante un rato el problema que se les planteaba, contestó:

—Creo que por esta vez, tienes mucha razón. No tendremos más remedio que dejarlo e ir por ayuda. Este brazo me está doliendo horrores. Apóyate en mí.

Obedeció su indicación y de este modo llegaron al otro vehículo, encendiendo los faros.

La mujer se volvió para parar el motor y apagar las luces del que llevaba las cajas y luego regresar para Instalarse junto al hombre.

Por lo que Terence pudo observar, por toda la extensión que alcanzaba la zona iluminada, daba la impresión que aquella parte no era tan accidentada.

No obstante, cuando iniciaron la marcha, lo hicieron a poca velocidad, seguramente debido al estado de sus ocupantes.

Esperaron a que se alejaran un buen trecho e inmediatamente salieron de su escondite.

CAPITULO V

Se encaminaron directamente al vehículo que habían abandonado con la mercancía a bordo.

Terence, experto en cualquier elemento mecánico, pronto lo puso en marcha y guiándose por los focos del vehículo que ocupaban los heridos, les fue siguiendo.

El capitán, comentó:

—Nos interesa saber dónde tienen su base de operaciones y una vez nos hayamos enterado, trataremos de irnos con la mercancía.

Steven le hizo la pregunta que rondaba su mente desde el momento que vio aquella caja llena de joyas.

—Y yo me pregunto. ¿De dónde habrán sacado toda esa riqueza que contiene la caja?

—De dónde lo han sacado, no lo sé. Ahora, lo que sí puedo aclararte es el manifiesto interés de retener las naves camufladas a la azul.

—¿A qué viene eso...? —inquirió Steven extrañado.

—¿A qué tiene que venir, cabeza de chorlito? ¿No te dice nada que la llevaran atrapada?

—¡Ah...! ¿Quieres decir que estaban enterados de su cargamento?

—Pues claro, hombre, y hubieran logrado sus propósitos de no cruzarnos en su camino.

—Está comprendido el silencio de unos y de otros al solicitar que se identificaran.

—Naturalmente, al tener que ocultar sus intenciones y lo que transportaban...

En este momento el vehículo que ocupaban se inclinó peligrosamente.

—¡Cuidado, Terence...! —advirtió Steven.

—Tú, tranquilo... Ya protestarás si nos vamos al fondo de cualquier precipicio.

—Eso si me queda aliento para hacerlo.

Sin más incidente que el susto, el vehículo se volvió a enderezar, siguiendo la senda del otro.

Llegaron a determinado punto en el que el camino se ensanchaba y el terreno era más llano, por lo que la velocidad fue aumentando.

Tras doblar una curva, quedaron al descubierto unas instalaciones que muy bien podían utilizarse como astródromo.

No se equivocó Terence en tal apreciación, puesto que por unos momentos, los faros del vehículo al que seguían, iluminaron una gran mole que bien podía pertenecer a una cosmonave.

El capitán paró en seco el vehículo.

—¿Qué pasa ahora, Terence?

—Que nos volvemos al punto de partida.

—¿Por qué?

—Si nos metemos ahí, las probabilidades de salida serán nulas. Ahora ya sabemos su escondite y te confieso, por conocer bien estos parajes, que no puede ser mejor.

—¿Y vamos a dejarles las cajas...?

Mientras, Terence ya había dado la vuelta.

Comenzaba a amanecer y la misma claridad matutina les permitía ver sin hacer uso de los faros.

—De ninguna de las maneras. Conozco una cueva que atraviesa Los Aguiluchos. Ahí esconderemos las cajas y al mismo tiempo, nos servirá de escape para llegar cuanto antes a la Base y con refuerzos capturarlos.

La velocidad iba en aumento, al igual que los tumbos.

Steven se tuvo que asir con todas sus fuerzas para no salir despedido.

Recorrido un buen trecho, Terence se paró de nuevo para apearse en seguida al tiempo que le decía a Steven:

—Vamos, rápido. Hay que llevar inmediatamente las cajas a la cueva.

—¿Qué cueva?

—Tú carga con una y sígueme.

Así lo hizo.

Terence subió un pequeño repecho, dio vuelta a una roca y apartando unos arbustos, quedó al descubierto una oquedad.

—Ahí la tienes.

—Pues nadie lo diría...

Depositaron las cajas en un rincón e hicieron otro tanto con las restantes.

Terminado este trabajo, se encaminaron al lugar donde abandonaron el vehículo la mujer y el hombre heridos, cuyo terreno era bastante inclinado.

Terence indicó a Steven:

—Apéate.

Luego de que el subteniente estuvo en el suelo, el capitán encaró el vehículo hacia el precipicio, puso una marcha lenta y acto seguido saltó a tierra.

Los resultados no se hicieron esperar. Un gran estruendo se produjo a consecuencia del arrastre de piedras que llevó consigo la caída del vehículo y finalmente la explosión del motor y una humareda.

Terence, dijo:

—Esto les hará suponer que se ha deslizado a causa de la inclinación y les tendrá muy ocupados en "recuperar la mercancía". Mientras, a nosotros nos dará tiempo para podernos escabullir.

Steven, admirado, no pudo por más que manifestarle :

—Eres todo un genio. No se te escapan detalles.

Pero en esta ocasión, los cálculos le fallaron al capitán.

Desde donde estaban pudieron descubrir a un vehículo ligero que se aproximaba a toda velocidad.

No les daría tiempo de regresar a la cueva sin exponerse a ser descubiertos.

Steven no tuvo ocasión de proferir palabra. Se sintió empujado bruscamente por Terence, al par que le decía:

—¡Rápido...! Vamos ahi arriba tras esas rocas.

Ayudados por las manos ascendieron aquella rampa natural y de no ser por Terence, que estuvo muy listo en sujetarle, lo más probable es que Steven hubiera dado con sus huesos en el precipicio.

Pasado el susto, sólo pudo decir:

—Gracias.

—Déjate de gratitudes y ocúltate bien. Ya están por llegar.

En efecto, a los pocos segundos de pronunciar estas palabras, el vehículo aparecía para detenerse frente a donde ellos estaban.

Se apearon cuatro hombres e inmediatamente se dirigieron al borde del precipicio.

Uno de ellos, comentó:

—Pues sí que la ha hecho buena la jefa... Por lo visto no lo frenó bien y se ha ido deslizando hasta caer al fondo del barranco.

Los otros tres no dijeron palabra y ante su mutismo, continuó:

—No nos va a quedar más remedio que descender y buscar las cajas.

—Tendremos que dar un rodeo muy grande para llegar hasta allí.

—No es necesario. Vosotros dos ir hasta donde capotó la nave. Encontraréis dos escaleras, traerlas y de este modo no tendremos que caminar y ahorraremos tiempo. La jefa quiere las cajas en su poder cuanto antes y ya sabéis cómo se las gasta si se contradicen sus órdenes.

En el momento en que aquellos dos se iban a marchar, una de las piedras que le servían de apoyo a un pie de Steven, cedió y rodó por la rampa.

Súbitamente los cuatro hombres se volvieron y empuñaron sus armas.

El que parecía mandar el grupo, le dijo a uno:

—Tú mira si hay alguien por ahí arriba.

Aquél obedeció la indicación y fue ascendiendo.

Terence y Steven estaban en una situación que no podían moverse de donde se encontraban pues de hacerlo los que estaban abajo les verían en seguida.

Se agazaparon cuanto pudieron en aquel espacio que ocupaban y por un resquicio veían como aquel hombre se iba acercando más y más a ellos.

La tensión a que estaban sometidos era enorme. Las armas las tenían a punto y de ser descubiertos, no tendrían más remedio que hacer uso de las mismas para defender su libertad.

El hombre se detuvo a dos pasos de donde estaban. Miró a su alrededor y en voz alta, manifestó:

—Por aquí no se ve nada. Habrá sido alguna alimaña.

—Está bien. Baja y vamos a traer las escaleras.

Terence y Steven dieron un respiro de alivio al ver alejarse el peligro y sus nervios se relajaron. Pero no por ello dejaron de vigilar los movimientos de aquellos inoportunos visitantes.

Mas la situación, por el momento no había variado. Seguían atrapados, sin poderse mover ya que los otros dos permanecían allí abajo y de repetirse otro desprendimiento, las consecuencias podrían ser fatales.

Volvieron aquellos dos llevando consigo las correspondientes escaleras.

Uno de los que regresaban, comentó:

—De los cadáveres sólo quedan despojos...

—Pues eso mismo nos pasará si no nos damos prisa. Ya hemos perdido mucho tiempo. Así que, manos a la obra.

Afianzaron los extremos de las escaleras, bajando primero dos y a continuación hicieron lo mismo los restantes.

Nada más desaparecer estos últimos, Terence se levantó, diciéndole a Steven:

—Salgamos de esta ratonera y vámonos a la cueva.

Pero antes de emprender el camino hacia donde habían escondido

las cajas, Terence aflojó los cabos de sujeción de las escaleras, comentando:

—De este modo, cuando vayan a subir se les vendrá encima y hasta que puedan salir de ahí abajo, tendremos tiempo suficiente para llegar a la cueva sin ser molestados.

Una vez terminaron "su trabajo", se encaminaron hacia donde había ocultado la mercancía, donde llegaron sin que se produjera novedad alguna.

Comprobaron que las cajas seguían en el mismo lugar que las dejaron.

Terence, cogiendo unas cuantas joyas de la que fue destapada, indicó:

—Ya nos podemos ir. Nos queda un largo camino por recorrer.

* * *

El coronel Milles, jefe de Vigilancia del Espacio, quedó muy intrigado ante el relato del capitán Terence Stacy, y todo ello confirmado por el subteniente Steven.

—¿Y de dónde crees que puedan proceder esas joyas?

—Lo ignoro, señor. Habrá que ponerse en contacto con la policía, por si tuvieran noticias de algún robo.

—Esto está muy bien, Terence, pero no olvides que en nuestra misión también están incluidas las funciones de policía y con mucha más amplitud.

—No lo pongo en duda, señor.

—He creído conveniente recordarte esto, por considerar que sería contraproducente airear este asunto. Vosotros habéis sido atacados en el espacio, por lo tanto, es de vuestra incumbencia el descubrir a los culpables y las causas que motivaron su acto. Esto no quiere decir que si la policía recurre a nosotros, colaboremos con ellos.

—Comprendido, señor.

—Por lo tanto, tienes carta blanca para actuar como creas conveniente.

—Gracias, señor.

—No me des las gracias porque soy parte interesada. Vuestros éxitos son los míos. Así que, en parte, media cierto egoísmo.

En este momento llamaron a la puerta.

—Adelante —autorizó el coronel y al darse cuenta que encima de la mesa tenía las joyas que le había entregado el capitán, se apresuró a ocultarlas.

La puerta ya había sido abierta, haciendo acto de presencia un teniente de comunicaciones. Se cuadró ante el coronel, para anunciarle a continuación:

—Señor, la expedición de El Paraíso, no contesta.

—¿Otra vez...? ¿Pero qué diablos pasa allí?

—Lo ignoro, señor.

—¿Cuántas expediciones van con ésta?

—Concretamente, tres.

—Esto ya se pasa de la raya. ¡Qué barbaridad...! ¿Lo habéis intentado todo?

—Sí, señor, y sin resultado positivo.

—¡El colmo...! ¡Nada menos que tres expediciones desaparecidas en El Paraíso...! Y a todo esto, no sé a quién se le ocurriría bautizar con tal nombre a ese planeta. Yo más bien lo titularía El Exterminio...

El coronel estaba visiblemente contrariado y furioso a la vez.

Terence tenía noticias de aquellos sucesos extraños, pero oficialmente lo ignoraba.

El coronel Milles se quedó un momento mirando fijamente al capitán.

Después se dirigió al teniente a quien sorprendió con la mirada fija en su mesa:

—Está bien, continúen a la escucha por si dicen algo. Aunque me temo que todo será inútil... Puedes retirarte.

—A la orden, señor.

Cuando el teniente se hubo marchado, el coronel preguntó a ambos:

—¿Habéis oído esto?

—Sí, señor —contestaron casi al unísono.

—Pero…, ¿conocéis el caso?

—Únicamente rumores —contestó en esta ocasión Terence.

—Pues terminar cuanto antes lo que lleváis entre manos, puesto que lo tendréis que estudiar a fondo. Estoy seguro que de mandar a otros, se repetirán los resultados y no estoy dispuesto a perder más hombres y material.

—Como ordene, señor.

—A grosso modo, sucede lo siguiente: Las tres expediciones que han llegado a ese maldito planeta El Paraíso, al principio todo ha ido bien y de pronto dejan de mandar noticias. Las expediciones que han seguido a las anteriores, al llegar no han hallado rastro de nada. Como el mantener ese planeta bajo nuestro dominio, representa la preponderancia de rutas hacia otras galaxias, de ahí que se mandara la última expedición para su conservación y el resultado…, ya lo habéis oído.

—Sí qué es raro…

—¡Y tanto…! Lo que yo me digo, si se hubiera dado un caso aislado, pero ya son tres con el presente.

—¿Es respirable la atmósfera del tal planeta?

—Naturalmente, Terence. Los estudios llevados a cabo, la equiparan a la misma que nos envuelve.

Todavía permanecieron con el coronel durante un buen rato extendiéndose sobre el tema y cuando salieron de su despacho, ya estaban más documentados sobre la cuestión.

CAPITULO VI

Nada más penetrar en su alojamiento y cerrar la puerta, el capitán Terence Stacy se vio sorprendido por el asalto de dos enmascarados.

A la sorpresa de lo inesperado, siguió su reacción inmediata. Sus puños comenzaron a martillear a derecha e izquierda, donde estaba situado cada individuo.

Pero aunque propinaba sus contundentes descargas, los otros no eran mancos y él también recibía lo suyo.

Unos y otros rodaron reiteradas veces por los suelos, para levantarse inmediatamente y proseguir en aquella sorda y feroz lucha.

Aunque la resistencia del capitán era excepcional, los otros no le iban a la zaga, con el agravante de que eran dos contra uno.

Luchó con denuedo, pero sucumbió ante la evidencia numérica de sus contrincantes.

Uno de ellos le sujetó por los brazos y el otro pudo golpearle a placer hasta dejarlo inconsciente.

No supo cuánto tiempo permaneció en aquel estado.

Al despertar le dolía todo el cuerpo y de una forma terrible la cabeza.

Miró a su alrededor y pudo apreciar el desorden que allí imperaba, como consecuencia de la lucha sostenida y de un registro llevado a cabo.

Tambaleándose se encaminó al cuarto de aseo para que el agua fría terminara de despejar la bruma de su mente y fue entonces, al levantar la cabeza, cuando vio sobre el espejo un papel escrito.

Decía así:

> "Devuelve lo que no es tuyo. Basta con que lo dejes en el mismo sitio. Esta es la primera advertencia. Si en algo aprecias tu vida, cíñete a lo que se te ordena, de lo contrario, lo lamentarás. Tienes de plazo hasta mañana a

esta misma hora.»

Y por toda firma llevaba una cosmonave pintada de un color azul.

Se sacudió la cabeza y con la mente más clara, volvió a leer aquel conminativo mensaje.

Lo primero que pensó fue con Steven, y se preguntó:

—¿Le habrá ocurrido otro tanto...?

Le llamó sin que nadie le respondiera y esto, en vez de tranquilizarle, le inquietó más.

Recurrió al servicio de un ordenanza, con el encargo expreso de que buscara al subteniente y se presentara sin pérdida de tiempo ante él.

Mientras, al par que se administraba una pomada analgésica en las partes tumefactas a consecuencia de los golpes recibidos, estaba meditando sobre el ataque que había sufrido por aquel par de secuaces.

A poco llamaron a la puerta y concedió permiso para que entraran.

Era el propio Steven quien, al verle en aquel estado, se alarmó.

—¡Pero, Terence...! ¿Qué te ha pasado?

—Consecuencias de una entrevista poco amistosa que he sostenido.

—¿Poco amistosa, dices...? Yo diría que brutal. ¿Y quién ha sido?

—Han sido dos y al leer esto, sabrás de parte de quién.

Y le entregó el mensaje que le habían dejado.

Luego de leerlo con avidez, preguntó:

—Si nadie nos vio, ¿cómo se han enterado?

—Esa es la incógnita. Después de sufrir el atentado y cuando he razonado con lucidez, mi primer pensamiento ha volado hacia ti, imaginando que te encontrarías en igualdad de condiciones. Te llamé a tu alojamiento y al no responderme, temí lo peor. Por eso mandé a por ti ante la imposibilidad de hacerlo por mi mismo.

—Pues no me ha sucedido nada. Estaba en el hangar de talleres revisando los trabajos de reparación de nuestra astronave, que por cierto, ya están finalizando.

—Me congratula oír esto.

—¿Y no has reconocido a los atacantes?

—No, iban enmascarados y por más que he pretendido descubrir su rostro, no lo he conseguido. Llevaban uniforme de la Base. Pero esto no quiere decir nada. Ahora, de lo que sí estoy seguro, es que ambos estarán con las narices hinchadas y uno con una ceja partida, aparte de otras magulladuras en el rostro. Así que si ves a alguno con estos "adornos", le echas el guante inmediatamente.

—Pues a ti no te han dejado muy bello que digamos.

—Quizá..., un poco estropeadillo nada más...

—¿Y cómo se han ensañado contigo dejándome aparte... ?

—Verás... He estado pensando en la cuestión. Alguien pudo enterarse de la solicitud que le hice al coronel para investigar sobre la nave azul. A efectos de servicio, tú estabas de permiso. Ahora, el asunto de las joyas, por lo que sea, ha trascendido y atando cabos han llegado a la conclusión de que yo soy el único causante.

—Lógicos tus razonamientos, Terence. ¿Y qué piensas hacer?

—Primero que todo advertir al coronel que por aquí tenemos algún o algunos que están de parte de esos de la nave azul, y en segundo lugar, seguir adelante con el plan trazado desestimando sus pretensiones.

—Te expones a perder el pellejo.

—No llegarán a ese extremo, Steven.

—Yo de ti no estaría tan seguro.

—Pues lo estoy, por la sencilla razón de que no tienen en su poder las joyas y creen que soy el único que conoce su paradero. Mientras sea así, es mi mejor seguro de vida.

—Esperemos que sea una realidad tu teoría.

* * *

Al tener noticias el coronel Milles de lo que le había sucedido a Terence y de la existencia de posibles traidores, su indignación llegó al límite.

Cursó las órdenes oportunas para que se vigilaran las actividades del personal y arrestaran de inmediato al que resultara sospechoso.

No consintió de ninguna de las maneras, que Terence fuera solo con su gente para destruir el refugio que tenían instalado en Los Aguiluchos, y para ello le asignó una escolta de tres aeronaves.

Todo estaba preparado para emprender la incursión en cuanto el capitán Stacy lo ordenara.

Pero al mismo tiempo, se estaba cumpliendo el plazo que señalaba el mensaje para la entrega de las cajas conteniendo las joyas, por lo menos una de ellas, ya que suponía que las restantes tendrían el mismo contenido, aunque no fueron abiertas.

El subteniente Steven, conocedor de la situación, no se separaba un solo momento de su capitán, estando preparado ante cualquier contingencia.

Por esta circunstancia ambos fueron juntos al departamento de equipos de vuelo, en donde cada uno tenía su cabina individual y donde dejaban sus trajes para revisión y conservación de los mismos, disponiendo de tres o cuatro tipos apropiados para la misión que fueran a emprender.

El capitán entró primero y nada más hacerlo, la puerta se cerró violentamente y dos hombres cayeron sobre él.

Terence dio un salto al apercibirse de unas sombras y ambos chocaron entre sí.

Iban enmascarados como los primeros visitantes que tuvo, y Terence, ya conocedor de sus intenciones, no se andó con remilgos.

De un patadón derribó al que tenía más próximo y se revolvió inmediatamente contra el otro.

Sus puños parecían dos mazas mecánicas puestas al máximo de rendimiento y el agresor no sabía cómo librarse de aquella lluvia de golpes.

En tanto el que yacía en el suelo, se estaba levantando para atacar al capitán por la espalda, pero en aquel momento la puerta cedió a consecuencia del empellón de Steven, quien se dio de narices

con el enmascarado que se estaba levantando.

Este, al darse cuenta de la presencia del subteniente, le hizo un blocaje de piernas y ambos rodaron por el suelo.

Steven, más alto y corpulento, se incorporó inmediatamente y aunque el enmascarado pretendió atraparle de nuevo, una patada al costado frenó sus intenciones, quedándose sin respiración.

En tanto, Terence tenía dominado a su adversario, al que propinó un golpe final en el mentón que le sumió en la inconsciencia, cayendo como un fardo.

Aprovechó la circunstancia para maniatarle las manos a la espalda con lo primero que le vino a mano.

Steven hizo otro tanto con su contrincante y se excusó ante el capitán:

—Siento, Terence, que te adelantaras unos pasos y me dieran con la puerta en las narices. De no darse esta circunstancia, hubiera acudido en tu auxilio mucho antes. Aunque..., en esta ocasión, estoy seguro de que los hubieras dominado.

—Hombre, ya contaba con una experiencia y no estaba dispuesto a que se repitiera. De todos modos, tu ayuda ha sido muy valiosa. Y ahora, vamos a desenmascarar a estos agresivos visitantes.

Desprendió la careta que cubría el rostro de su prisionero y se quedó mirando sus facciones, para luego preguntarle a Steven:

—Oye... ¿No es éste el teniente de comunicaciones que fue al despacho del coronel?

—Déjame ver.

Se acercó para contemplarle más de cerca y posteriormente confirmó:

—En efecto, es el mismo.

—Veamos quién es el otro.

Dejaron su cara al descubierto y, aunque vestía uniforme de la Base, su rostro nada les dijo. Únicamente sabían que pertenecía a la sección de comunicaciones, al igual que el teniente.

Terence registró los bolsillos de este último y halló lo que buscaba. Sospechó, como la vez anterior, que aquello era preludio de

otro mensaje y no se equivocó.

Se le concedía un plazo más corto para la entrega de las cajas y se le volvía a amenazar.

El capitán miró con severidad al teniente, que ya había vuelto en sí y un tanto irónico, le preguntó mostrándole el papel:

—¿Supongo que no tendrás el cinismo de negar a quién te has vendido?

El prisionero, sentado en el suelo y con las manos a la espalda, no por su comodidad, sino por estar atadas, no dijo palabra limitándose a bajar la cabeza.

Terence le preguntó ahora con voz enérgica:

—¿Quién es el jefe de esta organización?

El teniente siguió en su mutismo, por lo que el capitán continuó:

—No es necesario que contestes, si ésa es tu voluntad. No por ello vas a empeorar más tu situación y la de tu compañero. Con lo que habéis hecho, es más que suficiente para comparecer ante un tribunal.

Luego, dirigiéndose al subteniente, le ordenó:

—Steven, permanece aquí vigilando a este par. No abras a nadie que no sea yo. Dentro de un rato estaré de vuelta.

—A la orden.

Terence se fue y lo primero que hizo fue entrevistarse con el coronel Milles para ponerle al corriente de lo sucedido.

Entonces el coronel cayó en el detalle de cuando entró el teniente de comunicaciones a su despacho, estando con Terence y Steven, y sorprendió al recién llegado con la mirada fija en su mesa.

Fue una de esas cosas que llaman la atención fugazmente y se olvidan. Pero ahora recordaba que al ocultar las joyas depositadas en su mesa con unos papeles, alguna quedó sin cubrir y de ahí la mirada fija del teniente.

—Debí de sospechar de ese imbécil... Ahora me maravillo de lo torpe que he sido para no caer en la cuenta...

Terence le miró extrañado y manifestó:

—No entiendo, señor.

—Pues ahora sabrás a lo que me refiero.

Y le relató el incidente, al término del cual concluyó:

—Formularé los cargos correspondientes contra esos individuos y se les juzgará inmediatamente.

—Señor, si me permite una sugerencia...

—Claro que sí. Las que sean.

—Demore el juicio hasta que regresemos de Los Aguiluchos.

—¿Por qué?

—Ignoramos si hay más enlaces entre nosotros.

—Utiliza la palabra apropiada, Terence. Traidores.

—Como guste. No sabemos si hay más traidores y casi puedo decirle que sí, puesto que estos que hemos atrapado, no son los mismos que me atacaron anteriormente.

—¿Y bien...?

—Pues que de dar publicidad a este asunto, podría "espantarnos la caza".

—Tienes razón. Y mientras..., ¿qué solución le das?

—Que todo se lleve con el mayor sigilo. Los detenidos confinarlos en celdas por separado e incomunicados totalmente.

—Me parece bien tu idea. Así que disponlo todo para que se haga tal como dices.

Terence adoptó las máximas precauciones y nadie, excepto la guardia especial, sabía de la existencia de dos prisioneros pertenecientes a la Base, y aun éstos, ignoraban los cargos que pesaban sobre el teniente y el otro.

CAPITULO VII

El capitán Terence Stacy dio la orden de partida hacia Los Aguiluchos y dispuso las naves de escolta de forma que si alguna cosmonave enemiga pretendiera huir, le cortaran la retirada.

Pero sucedió que a quienes les impidieron el paso, fue precisamente a ellos.

Cuando estaban en las cercanías de su objetivo, se vieron sorprendidos por la presencia de cinco astronaves.

Sólo detectarlas, el capitán cursó inmediatamente la orden a los demás:

—¡Atención todos los comandos de la nave...! No os andéis con contemplaciones y destruirlas si pretenden atacarnos.

Los tres comandantes de la nave acusaron haber recibido la tajante orden.

La alarma había sonado en la nave del capitán y por lo tanto todos estaban en sus respectivos puestos con los nervios en tensión y dispuestos a entrar en combate.

—Steven, solicita inmediata identificación de esas naves detectadas.

El subteniente lanzó el mensaje y nadie contestó.

De una vez emergieron las cinco, todas ellas pintadas de azul y en formación de combate.

Nada menos que dos de ellas se ocuparon de la que pilotaba el capitán y las restantes con las de la escolta que llevaba.

Terence inmediatamente maniobró para ocupar una posición ventajosa y al mismo tiempo disparar todos los efectivos que llevaba en proa contra la que le vino más cerca en su vertiginosa ascensión.

Su sentido de captación y antelación a la acción del enemigo, dio sus frutos.

Aquella astronave que encuadró durante la fracción de un segundo en su visor electrónico, estalló de forma estrepitosa en el aire.

Ahora la superioridad numérica se había reducido. Estaban a la par.

Tuvo que tomar más altura para salirse de aquel enjambre de naves que ocupaba tan reducido espacio con el peligro correspondiente de colisión.

Los de la escolta comprendieron perfectamente la maniobra de quien les mandaba e hicieron otro tanto.

Las naves azules interpretaron aquella desbandada como una huida y cada una de ellas se lanzó en persecución de la presa que habían elegido.

Pero demasiado tarde se dieron cuenta de su errónea interpretación.

Por su parte, el capitán Stacy, se revolvió contra la nave azul que le iba a la zaga y en un alarde de técnica y maestría, los papeles se invirtieron.

La azul, viendo en la posición comprometida que había quedado, no hacía más que dar bruscos giros para despegarse del capitán, mas los sucesivos impactos que recibía le daban a entender que sus esfuerzos resultaban vanos.

En efecto, estaba sentenciada de antemano.

Terence vio cómo una nave de su escolta estaba pasando por una situación comprometida.

Pulsó los disparadores y la nave enemiga estalló en mil pedazos.

Acto seguido se descolgó en imponente picado para atacar a la azul que tenía dominada a la de su escolta.

Tuvo que hacerlo de este modo, puesto que si se hubiera situado detrás de la azul y en un plano horizontal, corría el peligro de alcanzar con sus proyectiles a la de su escolta.

De la cosmonave azul comenzó a salir humo, dejando una estela tras de sí, que por el momento fue aumentando y posteriormente, dando tumbos, fue a estrellarse contra el suelo a los pocos segundos.

Observó cómo le iban las cosas a las otras dos de su escolta, comprobando con satisfacción que daban buena cuenta de sus oponentes.

Pudo darse cuenta también, que la nave de su escolta, a la que libró de la situación comprometida, presentaba varios impactos y comentó con el subteniente:

—Me parece que a ésos no les ha ido muy bien la cosa.

—Así parece a juzgar por los impactos.

—Ahora lo sabremos.

Estableció comunicación y preguntó:

—Raymond, ¿estáis todos bien?

—Tengo heridos leves y alguna que otra avería sin importancia. Por lo demás, todo bien, Stacy.

—Hombre, celebro tu optimismo... Si llamas todo bien a tener la nave hecha un colador, esto me hace suponer que tus heridos leves ya no respirarán.

—Caramba, Stacy, no exageres tanto la nota.

—No, si yo no exagero. A las pruebas me remito. Anda, vete para "casa" y abrigaros bien, no vayáis a pillar una pulmonía con tanta corriente de aire.

—Mi misión es permanecer a tu lado.

—Pues yo te ordeno que te vuelvas y no lo hagas a mucha altura por si te ves obligado a tomar tierra.

—Si es una orden...

—Claro que lo es y tenme al corriente en caso de que no llegues.

—Así lo haré. Gracias, Stacy, por habernos salvado.

—Déjate de romances y vete a la Base. Ya nos veremos. Corto.

Luego, dirigiéndose a Steven, comentó:

—Es un buenazo ese capitán Raymond. Aunque se estuviera muriendo, no solicitaría el relevo pensando que todavía podía ser útil a los demás.

El subteniente le miró, como diciéndose que ambos estaban cortados por el mismo patrón.

El combate había terminado, apuntándose una victoria estrepitosa

el bando del capitán Terence Stacy y más concretamente, debido a su audacia y arrojo en ir barriendo enemigos en el espacio.

Se dio el caso que los demás componentes de su tripulación, no hicieron el menor uso de sus armas. Fue el propio capitán quien se encargó de todo.

Los otros dos comandos de las respectivas naves de escolta, le comunicaron que seguían sin novedad, a lo que les contestó Stacy:

—Me alegro que todo os haya ido bien. Ahora nos dirigiremos al punto señalado. No creo que se nos ofrezca más resistencia, pero de todos modos permaneceréis en el aire para cubrir cualquier eventualidad, mientras nosotros tomamos tierra. Caso de precisar ayuda, ya la solicitaré.

Contestaron haber recibido las instrucciones y acto seguido fijaron rumbo al lugar que servía de base de operaciones a aquellos que habían fijado su escondite en sitio tan apartado y aislado.

* * *

La toma de tierra la efectuaron con toda clase de precauciones.

El sargento Mark se quedó al mando de la astronave, que Terence colocó en un lugar estratégico de forma que, dado el caso, pudiera cubrirles la retirada con las armas que disponían a bordo.

Después, acompañado de Steven y un grupo de su tripulación, Terence se encaminó a investigar aquel amplio recinto.

Por allí no se veía alma viviente y tanto las instalaciones, como los vehículos terrestres, permanecían intactos.

—Por lo que hasta ahora he visto, me da la impresión que esto ha sido abandonado precipitadamente.

—Comparto tu opinión, capitán.

—Todo ello me confirma la sospecha que me ha asaltado al encontramos con las naves azules.

—¿Y qué es ello?

—Pues, sencillamente, que han sido avisados de las intenciones que llevábamos.

—¿Quieres decir?

—Ahora te convencerás por lo que voy a decirte. Fíjate que han sido dos naves destinadas a nosotros exclusivamente, luego incluso sabían la que tripulábamos.

—En efecto, es un detalle que me ha llamado la atención en gran manera.

—Pero la operación les ha salido mal. Seguramente, desde aquí bajo han estado observando el curso del combate y al constatar que la cosa se les ponía fea, habrán levantado el vuelo sin más dilación.

Mientras mantenían esta conversación, lo iban inspeccionando todo, y, en efecto, los síntomas de una fuga precipitada aparecían por doquier.

Se encaminaron hacia el edificio principal. En aquel lugar estaban instalados los alojamientos del personal y ocupando una nave lateral, lo que podía calificarse como puesto de mando equipado con los más modernos aparatos electrónicos.

Terence hizo funcionar la pantalla y con toda nitidez pudieron ver las naves de escolta que permanecían en su puesto de vigilancia.

Steven se convenció que su capitán no se había equivocado al suponer que estuvieron contemplando el desarrollo de los acontecimientos.

Entre algunos papeles sin importancia, uno de ellos llamó la atención del capitán. Se trataba de un mapa celeste en el que había señalada una ruta.

Plegó el papel y se lo guardó en uno de los bolsillos.

En aquella estancia había una cámara acorazada cuya puerta permanecía cerrada. Tras ímprobos esfuerzos el capitán logró abrirla y en su interior sólo halló cierta cantidad de monedas en curso.

—Hubiera sido demasiada suerte encontramos con otro alijo de joyas, ¿verdad, Steven?

—Ya lo creo.

—Bueno, todo esto ya lo tenemos listo y lástima que se hayan esfumado sin tener la completa satisfacción de atraparles. Lo único que nos queda por hacer, es decirles a los muchachos que preparen los explosivos para la consiguiente voladura de las instalaciones.

—De acuerdo, voy a transmitir tu orden.

—¡Ah, Steven...! Se me ocurre una cosa.

—¿El qué, Terence?

—Que dejaremos las cajas donde están. Estarán más seguras allí. Posteriormente ya iremos los dos a por ellas. Después de lo sucedido, no me ofrece garantías el que se entere tanta gente de este asunto.

—Está bien. Lo que tú dispongas.

—Ya le explicaré mis razones al coronel.

El subteniente se fue a mandar que efectuaran el trabajo y al mismo tiempo supervisar la colocación de explosivos que debían demoler aquellas instalaciones.

Mientras, el capitán estuvo escudriñando por el puesto de mando a la búsqueda de algo que pudiera resultar interesante.

En este menester estaba todavía cuando apareció de nuevo Steven, anunciándole:

—Terence, todo está dispuesto para la voladura.

—De acuerdo. Pues abandonemos esto y que lo reduzcan a escombros las cargas que han colocado.

Cuando se elevaron lo suficiente para que los efectos de las explosiones no les alcanzaran, Terence accionó el mando a distancia y hasta ellos llegó, aunque amortiguada, la onda expansiva.

Allá en el fondo se originó una gran polvareda y durante casi un minuto, las explosiones se fueron sucediendo.

Cuando la nube de polvo y humo fue disipada por el viento, de aquel tinglado sólo quedaba un montón de rocas que se fueron desprendiendo, cubriendo todo el área.

Posteriormente, enfilaron rumbo a la Base, a la que llegaron más tarde sin ningún contratiempo.

Terence se enteró de que el capitán Raymond ya estaba allí, pese a las dificultades que tuvo a consecuencia de los impactos recibidos y que los heridos, en efecto, era cosa de poca monta.

Le transmitieron la orden de que el coronel quería verle en seguida y sin despojarse de su equipo de vuelo, se dirigió a su despacho.

Nada más verle, el coronel Milles le increpó:

—¿Cómo diablos has tardado tanto?

El capitán Terence Stacy, se quedó extrañado ante el recibimiento de su superior y sólo pudo balbucir:

—Yo, señor…

—Sí, tú… ¿Por qué no te has presentado en seguida?

—Lo he hecho inmediatamente que me han comunicado sus deseos. ¿Ocurre algo, señor?

El coronel pareció calmarse poco a poco y tras un prolongado silencio, manifestó:

—Perdona mi modo de comportarme… El Alto Mando me ha mandado un escrito en que se me conmina a un inmediato esclarecimiento sobre las expediciones en El Paraíso… Les he dicho que todo lo tenía preparado, sólo que el hombre encargado de ello estaba ultimando una misión…

Hizo una pausa para tragar saliva, pues se estaba exaltando otra vez a causa de la indignación que sentía.

Continuó:

—Me han contestado que lo primero es lo primero. ¡Decirme eso a mí que me he desvivido por cumplir con mi deber…!

Terence, para calmarle, le dijo:

—No haga caso, señor. Saldremos cuanto antes y todo quedará claro. Ya sabe que, en ocasiones, de arriba ignoran ciertos procedimientos.

—Pero… ¡cuernos! Lo menos que pueden hacer es no andarse con exigencias.

El capitán, para apartar al coronel de su obsesión, comenzó a relatarle el resultado de la incursión a Los Aguiluchos y lo que había decidido sobre las cajas.

—Has hecho bien, Terence. Muy prudente tu decisión.

—En cuanto a los detenidos…

—A esos sujetos, déjalos que están a buen recaudo. Cuando

vuelvas, ya nos ocuparemos de ellos. Toma, aquí tienes suficiente información para documentarte sobre la cuestión. Haces los preparativos y sales inmediatamente.

—De acuerdo. Así se hará, señor.

—Terence…, ten cuidado. Suerte.

Y tras estas palabras, ambos se despidieron.

CAPITULO VIII

Los preparativos se llevaron a cabo a marchas forzadas.

El planear una expedición de aquella índole, no era nada fácil. Había que proveerse de todo, puesto que no contarían con ningún centro de avituallamiento en aquel largo e inhóspito camino.

Terence andaba con pies de plomo ante la posibilidad que se repitieran los atentados y aun dándose toda la prisa posible para adelantar, tardaron dos días en tenerlo todo listo.

Durante estas horas no se originó ningún acto contra su persona.

Por fin, al tercer día, a hora muy temprana, la astronave del capitán Terence Stacy, se elevaba majestuosa con toda la tripulación a bordo y pertrechos para una prolongada ausencia.

La monotonía de un largo viaje, fue acogida con gusto por toda la dotación ya que de este modo, fuera de los servicios señalados a cada uno, podían dedicarse al descanso de aquellos ajetreados días.

Para el capitán, no hubo tal descanso. Consciente de su responsabilidad, dedicó todo el tiempo disponible al estudio de los documentos que le entregó el coronel Milles.

Según sus cálculos, tenían que avistar El Paraíso al día siguiente, a primeras horas, naturalmente partiendo de la base de tiempo Tierra.

Durante el trayecto se cruzaron con otras astronaves pertenecientes a lejanos planetas, con las que intercambiaron los correspondientes saludos que el Código Interplanetario establecía.

Terence, pasada su guardia, se dedicó un poco al descanso, no sin antes manifestarle a Steven:

—Tan pronto como captes la presencia de El Paraíso, me lo dices.

—Descuida. Así lo haré.

Pero nadie turbó su descanso y cuando se incorporó a la cabina de mando, preguntó extrañado:

—¿Todavía no se ha localizado?

—No, Terence.

—Eso no puede ser. Según los cálculos... Me da la impresión que algo falla. Deberíamos tenerlo ya a la vista.

Repasó de nuevo las anotaciones, comprobó datos, efectuó cálculos y al concluir, afirmó categóricamente:

—En efecto, los informes que nos han dado son erróneos. Basándonos en los mismos, deberíamos de estar ya posados sobre El Paraíso.

—Pues te puedo asegurar que nada se ha registrado en la pantalla.

Terence quedó pensativo y posteriormente, con decisión, le ordenó:

—Efectúa un giro de noventa grados a babor.

—A la orden.

Anduvieron durante un tiempo por la ruta que había marcado el capitán sin que se registrara la presencia de ningún planeta.

Nuevos cálculos de Terence, para luego decirle:

—A partir de aquí, efectúa un giro parabólico que comprenda los ciento ochenta grados, hacia estribor. Esto nos permitirá explorar una amplia área y si no nos da resultado, tendremos que recabar datos concretos a la Base.

Steven maniobró de la forma que le indicó el capitán y por el momento, seguían como al principio, ni rastro de aquel planeta.

Hubo un momento en que la esperanza se hizo patente en ellos al registrar la pantalla un objeto.

—¡Eh, Steven...! Mira esto.

Ambos estaban con la mirada fija en lo que aparecía allí, mas la desilusión volvió a ellos al comprobar que se trataba de un objeto móvil.

—¡Bah...! Debe ser una astronave o un meteorito... —manifestó desilusionado Steven.

Pero Terence tuvo una corazonada y manipuló en la pantalla de rastreo aumentando el objetivo allí fijado.

Entonces pudieron ver con toda nitidez que se trataba de una

cosmonave y mucho más allá, apenas perceptible, un punto fijo.

—Steven, fija el rumbo hacia ese lugar e imprime la velocidad máxima. Quiero salir pronto de dudas.

Siguió las instrucciones de su capitán.

En la pantalla, el punto móvil, o sea la nave captada, seguía en su tamaño de principio, mientras que el punto fijo se iba definiendo con más claridad.

Steven, no pudo por menos que exclamar gozoso:

—Capitán, creo que has dado en el quid.

—Espera y no adelantemos acontecimientos. Es cuestión de un poco de paciencia.

—Sí, pero al menos ya nos cabe una esperanza.

—Esperemos que sea tal como dices y no se convierta en una desilusión.

Pero todo parecía ir por buen camino. La nave pasó de largo por el punto fijo, a mucha distancia de éste.

Terence ya pareció más animado ante este hecho, pero prudente se abstuvo de manifestar sus pensamientos.

La velocidad de la cosmonave que tripulaban, fue aumentando, por lo que ya no cabía duda que estaban bajo los efectos de la atracción de aquella masa.

Al poco rato ya podían distinguir aquella bola flotando en el espacio infinito a simple vista.

—Bueno, por lo menos tenemos la certeza de que se trata de un planeta. Si es o no el que buscamos, dentro de poco lo sabremos.

—Claro que lo será, capitán.

—Por lo que se puede apreciar desde aquí, parece que tiene su correspondiente atmósfera y fíjate, hasta se aprecia un tono azulado como nuestro planeta.

—Exacto, es verdad.

El capitán fue anotando unas rectificaciones en la carta del espacio sobre la situación exacta de aquel planeta que, aun sin tener la

certeza, sospechaba que debía tratarse del denominado el Paraíso.

Ya se hallaban próximos a establecer contacto con aquella atmósfera que le envolvía, por lo que tuvieron que frenar el impulso de la cosmonave.

Terence tomó los mandos y tras la maniobra de entrada, sobrevoló la superficie del planeta.

La orografía del lugar coincidía exactamente con los mapas que le habían entregado y entonces sí que afirmó con claridad:

—Steven, hemos hallado el Paraíso. Comunícalo a la Base.

Mandó el mensaje, en tanto Terence buscó el lugar señalado para el aterrizaje, el mismo que las tres expediciones precedentes utilizaron.

Por el paisaje que desde el aire divisaban, aquello parecía un pedazo más de la Tierra.

Ante ellos apareció la superficie plateada de un lago. Era el punto de referencia para el aterrizaje.

Advirtió a la tripulación:

—¡Atención! Vamos a iniciar el descenso. Cada uno que permanezca en su puesto hasta que dé la orden de desembarco.

Con lentitud fueron bajando verticalmente a orillas del lago, rodeado por una planicie de exuberante vegetación y a la derecha unas montañas que contrastaban por su aridez.

Tanto Terence como Steven, no hacían más que mirar por si descubrían rastros de la última expedición.

En aquella superficie no había ningún rastro humano, como si jamás hubiera sido pisada.

No obstante, el capitán le preguntó:

—¿Ves algo, Steven?

—Nada de lo que nos interesa. O no han estado aquí o se los ha tragado la tierra.

—Posiblemente han estado, puesto que los mapas coinciden, aunque la situación es lo único inexacto.

El doctor Wayne hizo acto de presencia en la cabina de mando.

Rara vez acudía allí, puesto que no quería distraerles de sus ocupaciones, pero la novedad por una parte de la existencia de un nuevo planeta y el saber si había restos de expedicionarios, hizo que quebrantara su norma.

—¿Hay gente por ahí abajo?

—Ni rastro, Wayne.

—Sí que es raro… Una dotación no puede desaparecer así como así, incluyendo la astronave.

—Desde luego que no, pero la evidencia ahí la tenemos.

—¿Y si éste no es el planeta en cuestión y han aterrizado en otro?

—Eso mismo ha dicho Steven y te repito lo que le he dicho a él. Los mapas coinciden en todo.

Después de dar unas pasadas a baja altura y a reducida velocidad, Terence anunció:

—Vamos a aterrizar. ¿Has analizado la atmósfera, Wayne?

—Sí, por mediación de una sonda. Es completamente viable, casi más pura que la nuestra.

—Mejor, así nos libraremos del engorro de las escafandras y demás.

Majestuosamente la mole de la astronave se posó en tierras de aquel planeta.

De la misma descendió la rampa y por ella apareció el capitán Terence Stacy, seguido del doctor y de Steven.

La temperatura que se disfrutaba en aquel ambiente era maravillosa y al estar ahora cerca, pudieron apreciar mejor la frondosidad que cubría aquellas tierras.

Otearon los alrededores y por allí no se veía peligro alguno.

No obstante, el capitán le dijo a Steven:

—Toma una sección y efectúa un reconocimiento por los alrededores.

De la astronave bajaron cinco muchachos que con el subteniente

al frente salieron en misión de descubierta.

Mientras, el sargento Mark permanecía al cuidado de las potentes armas por si hacía falta su intervención.

* * *

En vista de que todo aquel paraje estaba tranquilo, sin síntomas de que les amenazara algún peligro, el capitán autorizó el desembarco de pertrechos y la instalación de su campamento.

Más tarde se convenció que quien había bautizado aquel planeta con el nombre de el Paraíso, estuvo acertado, por lo menos hasta el presente.

Aquello más bien parecía una zona tropical de la Tierra, con la única diferencia que carecía de arboleda y ésta era suplida por infinidad de plantas y arbustos de finos y tiernos tallos.

Al lado de ellos estaba el lago de cristalinas aguas, agua que el doctor analizó y era completamente potable.

Los muchachos francos de servicio, disfrutaban de la delicia de darse un buen baño o entretenerse con sus aficiones predilectas.

Los dos primeros días transcurrieron en completa tranquilidad, aunque en el fondo de cada cual pesaba lo que había sucedido a las expediciones anteriores, pero, de todos modos, la confianza se iba apoderando de ellos.

En una de sus investigaciones en solitario que solía efectuar el capitán Stacy con el fin de hallar algún indicio que descorriera el misterio de la desaparición de las expediciones, le pareció oír sollozos.

Altamente sorprendido por tal hecho y acuciado por la curiosidad, cautelosamente se fue acercando para saber quién era el que se hallaba en aquella crisis.

Pero su sorpresa fue enorme al descubrir a una muchacha de pelo largo, rubio como el oro, ataviada con un dos piezas y que permanecía sentada en el suelo, con la cara cubierta por sus dos manos y cuya espalda se estremecía de vez en cuando.

Se quedó completamente desorientado. Resultaba que en aquel planeta al que consideró deshabitado, había una persona y…, ¡menuda persona!

No supo qué hacer. La compasión le invadió, pero tampoco supo sustraerse a la admiración que despertó en él la visión de aquellas formas de mujer.

Al recapacitar en esto último, esbozó una sonrisa, al pensar que podía caber aquello de "espaldas de tentación y cara de arrepentimiento..."

Aun con todo, su buen corazón se inclinó a ofrecer consuelo a quien sufría y decidido se acercó a ella.

La muchacha, sumida en su dolor, no se apercibió de su presencia, hasta que le preguntaron:

—¿Por qué llora?

La joven, de un salto, se puso de pie y sus grandes ojos reflejaron gran sorpresa y terror a la vez.

Ante su expresión, Terence se vio obligado a manifestarle:

—No tema, no voy a hacerle nada. Sólo me ha llamado la atención su llanto.

Desde luego que su cara no era de arrepentimiento, sino que armonizaba magníficamente con el resto del cuerpo que le servía de pedestal.

Ante su mutismo, Terence dudó si entendía su lengua y por eso se expresó en señas.

La cara de susto de la joven, se transformó en una expresión más alegre, para al final soltar la carcajada.

Terence se rascó la cabeza sin saber a qué atribuir aquel brusco cambio, pero si se hubiera visto la cara que puso para expresar con mímica lo que pretendía decir, hubiera hallado la solución a la hilaridad de la hermosa joven.

Y preguntó más bien para sí: —¿Me estará tomando el pelo?

Pero la joven le contestó con su misma lengua:

—No le estoy tomando el pelo, es que me ha hecho mucha gracia su forma de comportarse.

—¡Ah, sí...! ¿Y quién eres tú?

—¿Yo? Una de tantas que habitamos en este planeta.

—¿Que en este planeta habitan...?

La joven se quedó seria y de nuevo lo expresión de miedo se plasmó en sus facciones.

—Bueno..., quiero decir de las pocas que lo habitamos.

—Pero... ¿hay más?

—Sí..., sí... Están allí.

Y señaló hacia un lugar apartado.

—¿Y qué hacéis aquí?

—Nada..., hemos venido a bañarnos en el lago.

—¿Vivís lejos de aquí?

—Pues..., sí.

—Pero... ¿dónde, cómo...?

—Quieres saber mucho, capitán.

—Conque sabes mi graduación y todo, ¿eh?

—Sí y muchas cosas más.

—Pues tú no eres muy explícita que digamos. —No puedo.

—¿Por qué?

No le pudo contestar puesto que varias voces de muchachas llamaban:

—¡Beth...! ¿Dónde estás...?

—Me voy. Reclaman mi presencia.

—¡Espera... ! ¿Nos veremos?

—Puede.

—¿Cuándo?

—Ya lo verás.

Y sin darle ocasión a que le hiciera otra pregunta, desapareció de su lado con toda rapidez.

CAPITULO IX

—Pero es inaudito lo que nos has contado, Terence.

—Pues es la pura verdad, Wayne.

—Doctor, tendrás que reconocerlo. Nuestro capitán me da la impresión que se ha trastornado.

—Terence... ¿Estás seguro que no ha sido todo imaginación tuya?

—¿Puede ser imaginación la conversación sostenida con ella? ¿Puede tratarse de un mito el tenerla ante mí con su arrebatadora belleza?

—Vayamos por partes, Terence. ¿Has bebido? ¿Te has dormido?

—¡Al cuerno con vosotros...! De ahora en adelante me abstendré de contaros mis descubrimientos.

—No, hombre, no; eso no lo hagas. Pero lo menos que hubieras podido hacer es participarnos su presencia para disfrutar de la belleza de esa beldad.

—Lo tendré presente para un próximo futuro.

—¿Es que habrá próximo futuro?

—Sospecho que sí.

Ante la seguridad del capitán, el doctor y el subteniente, comenzaron a creer en las palabras de Terence y las preguntas se sucedieron queriendo saber más sobre aquel encuentro.

—Ya lo sabéis todo, tanto como yo, por consiguiente ahora cada cual a su trabajo.

La reunión se disolvió y cada uno se enfrascó con su tarea.

A Terence, por su parte, le costó concentrarse en lo que hacía. Ante él, con más frecuencia de lo que deseara, se representaba aquella criatura de facciones bellas y de escultural cuerpo.

A media tarde en el campamento se originó un gran revuelo.

Iba a salir el capitán de su aposento para saber a qué era debido, cuando el sargento Mark apareció, anunciándole:

—Señor, una visita inesperada. Un grupo de muchachas vienen hacia aquí.

Todo el campamento estaba presente, excepto los que montaban la guardia y que fueron los que dieron tan agradable alarma.

—¿Las dejo pasar?

Terence no contestó, sino que salió al exterior y vio que al frente de ellas iba aquella rubia que descubrió llorando y a la que llamaron Beth.

—Sí, déjalas pasar, pero advierte a los muchachos que se muestren recatados, tanto en palabras como en actos. Hasta el momento, ignoramos las intenciones que puedan llevar.

—A la orden, señor.

El sargento hizo formar a la dotación y les transmitió los deseos de su capitán y antes de que las muchachas llegaran al mismo campamento, se dispersaron a la espera de acontecimientos.

Tanto Beth, como las demás chicas, iban ataviadas con unas faldas largas semitransparentes, con un corpiño muy ajustado, de generoso escote y sin mangas.

Todas ellas lucían preciosas joyas entre collares, pendientes, sortijas y brazaletes.

El capitán se adelantó para recibirlas y manifestó a Beth, la cual estaba radiante de belleza:

—Bien venidas a nuestro campamento.

—¡Hola, capitán! Como suponía que estaríais muy aburridos, he convencido a este grupo de amigas que vinieran para haceros compañía.

—¡Ah... ! Muy acertada tu decisión y os lo agradecemos.

Beth se volvió hacia las jóvenes, para manifestarles:

—El capitán da su autorización. Podéis divertiros.

Dos del grupo, se dirigieron una hacia el doctor y la otra hacia el subteniente que permanecían detrás del capitán, sin poder dar crédito a lo que veían.

Naturalmente acogieron muy gustosos la compañía de aquellas

lindas jóvenes, aunque en su interior envidiaron a la que se quedó con el capitán, observando que éste se había quedado corto en ponderar a la muchacha de cabellos rubios.

Al poco rato, todos los muchachos francos de servicio tenían a su pareja, pero no se les permitió alejarse del campamento, así que entre ellos organizaron su fiesta.

Al quedar solos, el capitán le dijo:

—Ya veo que has venido a visitarnos.

—Te dije que podría ser.

Terence, cambiando su amabilidad por un tono de dureza, inquirió:

—¿Cuál es la finalidad que persigues?

Beth se sobresaltó ante aquel cambio tan brusco y balbució:

—¿Finalidad...?

—Sí. No irás a hacerme creer que es puro altruismo.

—Pues, aunque no lo creas, es de este modo, desconfiado capitán.

—Mira, nena, han habido muchas preguntas en nuestra primera entrevista que has eludido contestarlas, ni siquiera te has extrañado al verme por estos parajes.

—Claro que no, puesto que sabíamos que estabais.

—¡Vaya...! Muy interesante... ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Prefiero pasear.

—Como quieras, pero sin alejarnos del campamento.

—¿Me tienes miedo...? —inquirió guasona.

—No, simple rutina preventiva. Soy el único responsable de todos ellos.

—¡Ah...! Un buen padrecito, ¿no?

Terence estaba nervioso por dos causas; por la presencia de la muchacha en sí, que despertaba en él emociones nuevas y por las consecuencias que pudieran acarrear la estancia de aquellas chicas en el campamento, ignorando el lugar de su procedencia.

Por eso no se pudo contener y contestó:

—En efecto, y no estoy dispuesto que les suceda lo mismo que a los otros.

—¿A qué otros te refieres?

La pregunta de Beth pareció todo sinceridad, pero Terence no se dejó influenciar por esta apariencia y le contestó con otra pregunta:

—¿Quieres decirme que ignoras la desaparición total de las expediciones que nos han precedido?

—¿Desaparición total...? ¡No puede ser! Ellos han regresado a la Tierra.

—¿Quién te ha manifestado tal patraña?

—Pues..., yo que lo sé.

—Siento comunicarte que estás muy mal informada.

Ante la sorpresa de Beth, el capitán comenzó a sospechar que era verdad que ignoraba la reiterada desaparición de las expediciones.

Dulcificó su tono y repitió:

—Es verdad lo que te he dicho, Beth, y nosotros hemos venido para aclarar el misterio.

—¡Oh, no...! —exclamó angustiada la joven.

—Como comprenderás, no voy a inventarme unos hechos que por desgracia son reales.

—Sí, te creo... —manifestó con un susurro.

—Beth..., quisiera que me aclararas de dónde venís y qué hacéis aquí.

—No puedo, capitán...; de verdad que no puedo...

Y bajando más la voz, continuó:

—Estamos sometidas bajo vigilancia al igual que vosotros. ¿Ves estos diamantes que mantengo ocultos dentro de la mano?

Antes de que Terence fuera a contestar, ella le tapó la boca con la mano libre y se lo mostró al descubierto, para ocultarlo de nuevo.

—Es un emisor receptor. Te ruego que no hagas más preguntas sobre el particular y amémonos un poco para cubrir el expediente.

Terence iba de sorpresa en sorpresa y la verdad es que no le costó gran esfuerzo representar el papel que le indicó casi suplicante la rubia Beth.

* * *

Así fueron pasando los días y todos estaban encantados por la visita cotidiana de aquellas jóvenes que les permitían pasar las horas más agradables de la jornada.

Todos iban con mucho cuidado de lo que se hablaba, puesto que fueron advertidos por el capitán de aquel emisor que llevaban consigo las muchachas.

Terence no adelantó mucho con Beth referente a lo que le interesaba averiguar, aunque en lo concerniente al corazón, ambos se correspondían por entero, aun sin saberlo ellos mismos.

Aquel día Beth se mostró más nerviosa de la cuenta y con velado terror le advirtió que aquella noche estuvieran muy alerta y que al día siguiente le revelaría algo de importancia.

A la hora de costumbre, las muchachas se fueron y como siempre con la promesa de que no fueran seguidas, circunstancia que se cumplió en todo momento, pues de ello dependía que al día siguiente volvieran o no.

Nada más quedar libres de la presencia de las féminas, Terence convocó en su alojamiento al doctor, al subteniente y al sargento.

Todos coincidieron en un punto común, que las muchachas no se mostraron tan expansivas como en los días anteriores, que se las notaba cierto nerviosismo.

El capitán manifestó:

—Por las palabras que me ha dicho Beth, deben de estar enteradas de algo, puesto que me ha advertido que esta noche estemos alerta.

Se tomaron las medidas pertinentes, se redobló la guardia y aquella noche, el que más y el que menos, no tuvo un sueño reparador.

Amaneció sin que ningún incidente se produjera y Terence tuvo que soportar más de una broma del doctor y del subteniente.

Estaban dedicados al estudio geológico del subsuelo, cuando en una de las excavaciones aparecieron huesos humanos, descubriéndose posteriormente que se trataba de una fosa común.

El doctor hizo un estudio de los mismos y dictaminó la fecha aproximada de su enterramiento, por lo que se llegó a la conclusión que aquellos restos pertenecían a una de las expediciones.

La noticia corrió como la pólvora por el campamento y la situación se vino a agravar cuando se hizo la hora en que venían las muchachas y éstas no aparecían por parte alguna.

Como es natural, Terence esperaba con impaciencia la visita de Beth para conocer lo que tenía que comunicarle, tal como le prometió ella.

Pero el tiempo pasó y la noche se les echó encima.

Las noches en el planeta el Paraíso eran de gran claridad, como si nuestro satélite le estuviera iluminando en un esplendoroso plenilunio.

El malestar se apoderó de todo el campamento por el hallazgo macabro y por la ausencia de las muchachas.

Aquella noche Steven se encargó de montar la guardia y tanto el doctor como el capitán, estuvieron hasta bien tarde trabajando sin que el sueño acudiera a ellos.

En el campamento todo era paz y tranquilidad y excepto los centinelas, los demás, si al menos no dormían, descansaban en sus lechos.

CAPITULO X

El centinela que se hallaba en el puesto más próximo a la montaña, no hacía más que mirar a ésta.

En un principio le pareció una alucinación y por ello nada comunicó a su compañero.

Los acontecimientos sucedidos, habían puesto a todos en un estado de nerviosismo y por eso se dijo que debía de calmarse.

No obstante, él diría que la montaña en cuestión cobraba vida, que se movía...

Un rumor, tenue en principio, iba cobrando intensidad o al menos así le parecía a él.

No pudo más y llamó a su pareja de guardia:

—Oye, Ted... ¿Oyes como un rumor?

Mientras el uno vigilaba el otro dormitaba próximo a él para prestarle inmediato auxilio en caso necesario.

Ted no le contestó, por lo que tuvo que decirle de nuevo:

—Ted, despierta... ¿Oyes un rumor?

—Déjame tranquilo, Alfred... No oigo nada.

—Porque estás dormido. Mira hacia la montaña.

—Bueno..., ya miro. ¿Qué tengo que ver?

—¿No ves que está disminuyendo de tamaño?

—¿Estás loco? ¿O acaso has montado la guardia acompañado de una botella? Me veré obligado a dar parte de ti por negligencia en el servicio.

—Déjate de tonterías, Ted. Estoy muy despierto y he observado algo raro.

—¿A ver si son los fantasmas de nuestros compañeros al descubrir sus huesos?

—¡Calla, no me nombres eso ni en broma...!

—¿Ves...? Lo que tú tienes es un miedo enorme y te hace ver lo que no existe. No me molestes y despiértame a mi turno.

Y Ted, dando media vuelta, se dispuso a conciliar el sueño de nuevo.

Pero las palabras de su compañero de guardia, le despejaron y prestó toda la atención a cualquier ruido que pudiera originarse.

Ahora le pareció apreciar aquel rumor sordo que había mencionado Alfred, pero todavía no estaba seguro.

Malhumorado se levantó e increpó a su compañero:

—Ya me has fastidiado el sueño...

—¿Pero no oyes ese rumor...? Escucha bien... ¿Lo oyes...?

Ted, muy a su pesar, tuvo que darle la razón a su compañero, pero todavía dijo:

—Sí, lo oigo, pero debe ser el viento.

—¿Viento dices y aquí no se mueve ni una sola brizna?

Reparó en esto. No, no podía ser.

—Entonces..., ¿qué será eso?

—Mira, Ted, mejor será que demos la alarma.

—Espera, hombre, no vayamos a armar una revolución para ponernos en evidencia.

—Yo encuentro algo raro. Mira, la montaña ha disminuido de tamaño. He tomado un punto de referencia y así es.

—No digas tonterías. ¿Cómo puede ser eso?

—¡Yo qué sé! Pero es cierto. Y fíjate en aquel claro que está al pie de la montaña. Antes no estaba.

—Bueno, vamos a fijarnos mejor los dos. Tomaré también un punto de referencia y me fijaré en el claro.

Ted lo dijo más bien para tranquilizar a su compañero y le pasara su excitación.

Pero al poco rato, tuvo que convencerse que su compañero estaba en lo cierto, que la montaña disminuía de altitud y los claros

aumentaban, así como aquel rumor.

—Tienes razón. Da la alarma.

—Ya te lo decía yo y no has querido hacerme caso, Ted.

—Déjate de habladurías y avisa al subteniente.

Alfred partió hacia el puesto de guardia, diciéndole:

—Señor, sucede algo raro. La montaña disminuye y unos claros se están extendiendo por la planicie.

Steven dio un salto en su asiento para ponerse de pie y exclamar:

—¡Qué...! ¿Te has vuelto loco?

—Puede comprobarlo, señor.

Y le señaló hacia donde estaban la montaña y claros.

Al comprobar que el centinela estaba en lo cierto y que el rumor era más insistente, el subteniente hizo sonar la señal de alarma.

En unos segundos la conmoción en el campamento era enorme.

El primero que apareció en el puesto de guardia fue el capitán, que inquirió:

—¿Qué sucede, Steven?

—Fíjese en la montaña y en la vegetación, están desapareciendo.

El capitán observó el fenómeno que le había indicado el subteniente.

Ahora los claros en la vegetación iban aumentando a gran velocidad y enfilaban directamente adonde estaban ellos, al campamento.

El capitán comentó:

—Es muy raro todo esto. Yo no he oído explosión o temblor alguno.

—¿Qué te hace suponer?

—Si se trata de una corriente de lava. Pero no se ven llamas por ninguna parte.

—Desde luego que no. ¿Y oyes ese rumor?

—Sí, sí...

Todos los componentes de la dotación ya estaban de pie con las armas en las manos.

La montaña estaba reducida a la mitad de su tamaño y ahora pudieron apreciar el avance de una mancha oscura a cuyo contacto la vegetación desaparecía.

La mancha oscura se iba extendiendo.

Terence ordenó:

—¡Encended el reflector!

Un potente haz de luz iluminó aquella masa oscura y con ayuda de unos prismáticos pudo descubrir de lo que se trataba.

Se quedó asombrado. Parecían tortugas gigantes, sin embargo sus extremidades más bien se parecían a las hormigas, lo que les permitía avanzar con rapidez.

El caparazón que llevaban, era más bien irregular y el color, el mismo de la montaña que iba desapareciendo.

Había millares y millares de esos bichos que devoraban lo que encontraban a su paso.

Steven también hizo uso de los prismáticos y horrorizado preguntó:

—¿Pero qué es eso... ?

—Si lo supiera podría explicártelo.

Y dirigiéndose al sargento, le ordenó:

—Mark, que los muchachos se sitúen frente al claro ese que se produce y en cuanto aparezca la masa oscura, que hagan fuego a discreción.

—A la orden.

El mismo capitán y Steven se situaron junto a la formación de los muchachos, incluso el doctor Wayne.

Todos empuñaban sus armas de gran potencia.

Cuando la avanzadilla de aquella masa oscura estuvo a tiro, el capitán dio la orden de disparar.

Pareció que el nutrido fuego surtió sus efectos, puesto que la avalancha se detuvo.

Pero poco les duró la alegría.

Aquellas tortugas o lo que fueren, iniciaron de nuevo su avance saltando sobre las que habían quedado muertas y no sólo esto, sino que se extendieron por los alrededores del campamento.

El capitán, gritó:

—¡Mark! Cubre con tu sección el flanco derecho.

Rápidamente se desplegaron los muchachos sin cesar de disparar.

—¡Steven, con la tuya cubre el izquierdo!

Hicieron la misma operación y el capitán con otra sección se encargó de cubrir el que quedaba libre.

De este modo habían formado un círculo de fuego en el que las armas no cesaban un momento.

Los encargados de distribuir los repuestos de cargas apenas si daban abasto.

Se abatían muchos bichos de aquéllos, pero eran reemplazados por otros tantos y el cerco se estrechaba cada vez más.

Fue tan rápido el movimiento envolvente de aquellos galápagos-hormigas que les aisló por completo de donde estaba posada la astronave.

La situación era angustiosa. De seguir aquel ritmo, pronto las cargas de las respectivas armas se agotarían y entonces no tendrían más remedio que sucumbir a la fuerza devoradora de aquellos extraños animales.

Terence, consciente del problema que se les avecinaba, ordenó:

—¡Steven y Mark! Uno de cada dos muchachos, que vayan cavando una trinchera alrededor del campamento, mientras los otros contienen la avalancha. ¡Rápido!

Febrilmente se dedicaron al trabajo ordenado por su capitán, mientras los encargados de detener a los "invasores", seguían haciendo una mortandad.

Menos mal que los animales muertos eran devorados por los que

les seguían y esto les permitía tomarse una pausa, para luego volver a la carga.

El capitán les animaba:

—¡Venga, muchachos...! Ya falta poco para concluir.

El mismo, alternaba, cuando se lo permitían las circunstancias, los disparos con ayudarles y el ejemplo de su capitán coadyuvaba a que la dotación redoblara sus esfuerzos.

Ya estaban concluyendo y entonces a los que habían quedado libres, les dijo:

—Sembrar la zanja de combustible sólido. ¡Aprisa...!

Todos estaban sudorosos por la rapidez del trabajo. Pero ellos ni se daban cuenta.

Adivinaron las intenciones del capitán y todos cooperaban para salvar la vida de ellos mismos y la de sus compañeros.

Cuando todo estuvo dispuesto, el capitán Terence Stacy, gritó:

—Cuando dé la señal, retiraos tras la zanja.

Se cercioró de que todos estaban enterados, pues de quedar alguno rezagado le sería imposible reunirse con ellos.

Hinchando sus pulmones, rugió, más bien que gritó:

—¡Ahora...!

Como si hubieran sido impulsados por un resorte común, toda la dotación dedicada a la contención de la avalancha, saltó para colocarse tras la zanja o trinchera que sus compañeros habían abierto.

Una vez que estuvieron en la zona de seguridad, se produjo una llamarada que con la rapidez de la pólvora se propagó en círculo.

Una pared de fuego les aisló por completo de aquella plaga.

Esto les permitiría unas horas de descanso, ya que el combustible sólido era de gran duración.

A través de las llamas vieron cómo infinidad de animales se achicharraron al pretender aproximarse y los otros que les seguían, comprobar los resultados, su instinto les hizo retroceder.

Steven, le dijo confidencialmente:

—Terence, las cargas de repuesto para las armas, han dado un bajón enorme. Nos vamos a quedar sin ellas.

—Lo imaginaba. Por eso se me ha ocurrido lo de la zanja, para ahorrar todo lo posible.

Una tétrica incógnita flotaba en la mente de todos y que nadie se atrevía a formular.

¿Cómo saldrían de aquello cuando el combustible se extinguiera…?

CAPITULO XI

El capitán los reunió y todos se agruparon alrededor de él.

—Sentaos.

Lo hicieron en el mismo suelo y en todos los rostros estaba reflejado el cansancio y la incertidumbre.

Terence, tomó la palabra:

—Estamos metidos en una ratonera. No podemos llegar a la astronave por estar completamente rodeados y seguramente que como yo, os habréis preguntado qué pasará cuando no contemos con la protección del fuego...

El silencio que siguió a sus palabras, le confirmó que todos habían pensado en ello.

—Ahora vamos a disfrutar de imas horas de descanso, mientras nos proteja el fuego. Conocemos la clase de enemigo con que nos enfrentamos y las cargas para nuestras armas empiezan a escasear.

Los rostros se hicieron más sombríos.

—El tiempo que disponemos, vamos a dedicarlo a fabricarnos una defensa personal que espero nos permita sobrevivir.

Los ojos de los que tenían fija su mirada en el capitán, parecieron brillar por un rayo de esperanza y casi contuvieron la respiración, anhelantes por conocer lo que casi consideraban un milagro, dadas las cosas como estaban.

—Nos vamos a dirigir al almacén de víveres y pertrechos. Vaciaremos el contenido de las cajas metálicas, tantas como nos hagan falta. Son suficientes para, albergar a cada uno de nosotros.

Un rumor de aprobación se levantó entre los reunidos y esperaron a que el capitán continuara:

—Tendremos que acoplar un cierre interior y practicar unos orificios para que nos sirva de respiración y al mismo tiempo para poder ver lo que sucede a nuestro alrededor y hacer uso de las armas en caso preciso.

La tripulación estalló en hurras a su capitán.

Terence, con las manos, les rogó que se calmaran, para decir a continuación:

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, así que salvo los que queden de vigilancia, todo el mundo a construirnos nuestro improvisado refugio. Cuanto antes terminemos, más pronto descansaremos tranquilos.

Todos los combustibles, salvo las raciones que se distribuyeron a cada uno, fueron amontonados alrededor de la barrera de fuego, así como lo demás que pudiera servir de pasto a aquellos voraces animales.

Los escasos repuestos de armas que quedaban también se distribuyeron equitativamente y con la orden expresa de no usar el arma salvo peligro inminente.

—Tened en cuenta —advirtió el capitán—, que cada uno de vosotros dependerá de sí mismo. No sabemos lo que pueda durar el cerco.

Se dedicaron de lleno a preparar "sus viviendas", como humorísticamente las había calificado el capitán y algunos hasta inscribieron en su correspondiente caja el pomposo nombre de "Villa Celeste", "Villa Galápago", etc.

Los trabajos se llevaron a ritmo acelerado y cada "vivienda", fue provista de equipo y efectos personales, todo lo que su capacidad permitía y que les interesaba salvar de la destrucción de las tortugas-hormigas.

Una vez terminaron, se dedicaron por entero al descanso y se fueron relevando en la vigilancia del fuego y en los movimientos de aquel "ejército" sitiador.

El capitán dio cuenta directa al coronel Milles de la situación por la que atravesaban y cómo se estaba descorriendo el secreto de lo que les había sucedido a las anteriores expediciones.

—Voy a mandarte refuerzos en seguida, Terence.

—Señor, me temo que llegarán demasiado tarde. La verdad es que no sé cómo saldremos de ésta.

—De todos modos, te los mando. Confío en que sabrás arreglártelas para salir con bien.

—¡Dios le oiga, coronel! Tenga la seguridad que por mi parte no

quedará.

—¡Claro que la tengo...! Hasta pronto, Terence. Un abrazo para todos.

—Así lo haré saber, señor.

El doctor Wayne y Steven escucharon la conversación y la verdad era que estaban muy lejos de compartir el optimismo de su coronel.

Terence se dirigió a ellos para decirles:

—Bueno, vamos a descansar un poco ahora que lo podemos hacer con todas las comodidades.

* * *

Terence fue despertado por el sargento Mark:

—Capitán, capitán...

Se incorporó bruscamente en su lecho:

—¿Qué pasa...?

—Señor, el fuego se está debilitando y siguiendo sus instrucciones, he venido a llamarle.

—Está bien, Mark. Ahora voy.

En efecto, comprobó que las llamas se hablan debilitado y por lo tanto la prudencia le dictaba el salvaguardar a la tripulación, puesto que aquellos obstinados animales, persistían en sus intenciones.

Observó que de aquella frondosa campiña que imperaba la tarde anterior, apenas si quedaba nada. Todo había sido arrasado y hasta el mismo lago llevaba igual camino, puesto que sus aguas habían sido reducidas a menos de la mitad.

De nuevo todos los componentes del campamento, estaban de pie y el capitán dio la orden:

—Bueno, muchachos, ha llegado el momento de ocupar cada uno "su vivienda". Y... suerte para todos.

En silencio, cada uno, se fue encerrando en su caja, que se hallaban dispuestas en forma circular, tocándose una o otra, de forma que cada ocupante podía ver lo que sucedía delante de él e incluso por

la parte de atrás por sendos orificios practicados en las mismas.

Cuando se extinguieron las últimas llamas, las tortugas-hormigas, se precipitaron en tromba.

Los alimentos colocados alrededor de la zanja y demás pertrechos, quedaron devorados en corto espacio de tiempo.

Las improvisadas instalaciones del campamento, todas se fueron abajo. A su alrededor, todo era voracidad y destrucción.

Comenzaron a acercarse a los fortines improvisados, a las viviendas que tan jocosamente calificó el capitán.

Con sus potentes mandíbulas pretendían abrir boquetes en las cajas metálicas.

Dentro del reducido recinto, el ruido resultaba ensordecedor. Por delante, por detrás y arriba, infinidad de fauces rascaban la caja metálica en su afán de llegar al cuerpo humano que la ocupaba.

Aquello parecía uno horrenda pesadilla e incluso muchos tuvieron que cercenar las patas que se habían introducido por los orificios.

Una grave cuestión se les presentó y fue que aquellos bichos despedían un hedor nauseabundo, teniendo que recurrir a las escafandras.

La insistencia de aquellos animales era tenaz. Por lo visto les enloquecía la carne humana y prueba de ello es que había momentos en que parecía que miles de limas estaban rascando la superficie metálica, hasta el extremo de infundir pánico en sus ocupantes ante la duda de si resistiría la estructura protectora.

La desesperada situación se prolongaba. En vez de desengañarse las tortugas-hormigas y abandonar sus presuntas presas, parecía que acudían más y más.

Otro problema vino a sumarse a los muchos que ya tenían.

El sol que alumbraba el planeta de aquella galaxia, pareció aliarse a los propósitos destructores de aquellos animales, mandando sus candentes rayos, haciendo elevar la temperatura en el interior de las "viviendas", a un extremo agobiante.

Llevaban así unas cuantas horas y aquello no tenía visos de terminar.

Al principio lo resistieron bien, pero a la fuerza tenían que resentirse sus nervios ante aquella prolongada zozobra.

Terence pudo escuchar, entre los ruidos que retumbaban en su alojamiento, algunos disparos. Sabía positivamente que esto era síntoma de pérdida de control.

Por otra parte, hizo un cálculo mental, llegando a la conclusión que de oxígeno les quedaría a lo sumo para una hora.

Un dilema terrible se planteaba: si permanecían donde estaban, perecerían por asfixia y si salían..., serían devorados.

Se dijo para sí:

—Salir..., salir...

Esto martilleaba su mente y urdió un plan.

De toda la dotación no recibió ninguna queja o síntoma de debilidad, pero por él mismo juzgaba que aquello era para terminar con los nervios más templados.

Lo tenía decidido. Se comunicó con Steven, diciéndole sólo:

—Voy a salir y tratar de alcanzar la astronave.

—¡No hagas eso, Terence! Es un suicidio. Iré yo.

—Tú te quedas donde estás. Es una orden. Si no tienes noticias de mí, ya decidirás por tu cuenta con plenitud de poderes.

—Pero...

—¡Silencio, subteniente! Es una orden —repitió.

Y la comunicación quedó cortada bruscamente.

Terence había observado el comportamiento de aquellos repulsivos animales. Si no tenían nada que devorar, no se amontonaban y cada uno ocupaba su espacio al lado del otro.

El problema estribaba en salir de la caja, en librarse de los que la rodeaban.

Con cuidado apuntó a una y después a otra, tortuga-hormiga, situada cerca de su escondite y las abatió de sendos disparos.

Al apercibirse de que tenían algo que devorar, los animales que estaban encima de su tapa saltaron hacia las improvisadas presas.

Fue el momento que aprovechó el capitán, quien tomando un fuerte impulso salió de la caja, para posarse sobre aquellos caparazones e ir saltando de unos a otros, como si tratara de vadear un río del que emergían unos pedruscos.

El subteniente, único conocedor de lo que pretendía Terence, le vio saltar de aquí para allá y su corazón se paralizó cuando en dos o tres ocasiones estuvo a punto de perder el equilibrio.

Invariablemente, luego de saltar a otro caparazón, el animal pisado se revolvía en su afán de alcanzarle, pero el capitán parecía que en su vida no había hecho otra cosa que entrenarse para una carrera de obstáculos móviles.

Ya le faltaba poco para llegar a la astronave, casi la tocaba con las manos cuando resbaló.

El subteniente se quedó con la boca abierta y cerró los ojos para no ver el final de su capitán.

Por eso no pudo contemplar con la agilidad que se levantó y cómo de un manotazo se deshizo de una tortuga-hormiga que había clavado sus fauces en su uniforme.

De un salto felino alcanzó la escalerilla auxiliar de acceso a la nave.

Varios bichos de aquellos treparon por los peldaños en pos de él y Terence, a patadas, se libró de los más próximos, llegando por fin a la escotilla que abrió y cerró inmediatamente que estuvo dentro.

Se dejó caer en el asiento de la cabina de mando agotado por el esfuerzo y la tensión de nervios.

Cuando se repuso un poco, estableció comunicación con el subteniente:

—Steven, lo he logrado.

El subteniente no daba crédito a lo que estaba escuchando y aturdido, preguntó:

—¿El qué? ¿El llegar al otro mundo?

—No seas bruto. ¡A la nave! Escucha bien lo que te voy a decir.

Steven no pudo decir palabra de la emoción que sentía, por eso el capitán insistió:

—¿Me oyes?

—Sí, sí... Dime.

—Voy a elevarme para situarme encima de donde estáis. Trataré de barrer la zona. La rampa de acceso estará tirada. Cuando avise, tú y el que tienes a tu derecha, salir y uno por la rampa y el otro por la escalerilla auxiliar, subís a bordo y repetiremos la operación, en el sentido de las manecillas del reloj, hasta que estén todos a bordo. Ponles al corriente y allá voy.

Terence conectó los motores y ante la estela que dejaban los gases y rugir de los mismos, se originó una desbandada de las tortugas-hormigas, que estaban en la base de la astronave.

Una vez se elevó, casi a ras de tierra, se dirigió hacia donde estaba el círculo de cajas ocupadas por sus hombres.

Con sumo cuidado se posó sobre ellos de forma que no pudiera perjudicarles con las estelas y de dos en dos, fueron subiendo a bordo hasta el último hombre.

CAPITULO XII

Todos parecieron respirar tranquilos de haberse salvado de una muerte inminente gracias a la pericia y arrojo de su capitán.

Mas esa tranquilidad les duró muy poco.

Unas explosiones se produjeron alrededor de donde estaba la astronave todavía en posición estática y a poca altura de tierra.

Los efectos fueron devastadores para aquella masa de tortugas-hormigas que por centenares quedaron destrozadas.

De un vistazo el capitán se hizo cargo de la situación.

Eran atacados, nada menos, que por cinco astronaves y éstas iban pintadas de... ¡azul!

La voz del capitán sonó como un rugido:

—¡Cerrar las escotillas y cada uno a sus puestos...!

La situación en que se hallaban no era menos comprometida que cuando estaban cercados en las cajas.

Terence, masculló:

—Está visto que quieren eliminarnos a toda costa, ya que nos hemos librado de esos bichos.

El capitán no tuvo más solución que salirse a toda prisa y a ras del suelo, de aquel fuego concentrado que milagrosamente no les alcanzó un solo impacto.

Imprimió toda la potencia a los impulsores y fue navegando en zigzag un buen trecho a poca altura, mientras los impactos devastadores caían sobre aquella masa movediza.

Cuando lo consideró oportuno, dio un tirón a los mandos y casi en ángulo recto, ascendió verticalmente para tomar considerable altura.

La rapidez de la maniobra sorprendió a sus adversarios que, cuando quisieron reaccionar, se hallaban en inferioridad de condiciones.

Terence dio una orden general:

—¡Hacer uso de todos los elementos de ataque!

Se descolgó desde las alturas contra la formación de las cinco astronaves.

La nave del capitán parecía una bola de fuego, de todas partes salían llamaradas.

Los papeles se habían cambiado y de resultas de aquel arrollador ataque, tres astronaves azules quedaron fuera de combate.

Las otras dos, por el momento, se habían librado y organizaron un ataque más reposado contra la del capitán.

Terence, por su parte, comentó:

—Si se creen que les vamos a dar reposo, están listos. Steven, encuadra bien a la de tu derecha y por esta vez no me falles.

—Puedes quedar tranquilo, capitán.

Terence, conocedor del alcance de sus rayos invisibles, describió una parábola para luego ir de frente hacia las dos naves azules.

Semejante temeridad desconcertó a las dos naves enemigas que quedaban en el aire y quisieron iniciar una franca huida.

Steven pulsó el dispositivo de emisores de rayos invisibles y la nave azul que le habla asignado su capitán se convirtió en una masa de humo, para segundos después estallar en mil pedazos.

En esta ocasión, quien falló fue el capitán, debido a un brusco cambio de dirección de la azul.

Terence, antes de que Steven pudiera decir algo, comentó noblemente:

—Estamos empatados a fallos. Pero la próxima, no se libra. Te lo prometo.

Efectuó un giro para ir en pos de la única atacante que quedaba.

La nave azul pretendió burlar al capitán cuando se ocultó en unas compactas nubes.

Terence moderó la marcha, no iba a ser tan tonto y pasar de largo y de este modo librarse de ellos y poderles atacar por la espalda.

La certera intuición del capitán, se lo confirmó la pantalla de

rastro.

La nave azul habla detenido su veloz carrera y permanecía en posición estática al amparo de las nubes.

Terence la encuadró en el visor electrónico y le mandó un impulso de rayos invisibles.

Al momento se vio salir a la nave azul de las nubes dejando tras sí una estela de humo.

Luego se vio que perdía la estabilidad, para a continuación entrar en barrena y estrellarse contra el suelo de aquel planeta que tan paradójicamente habían denominado El Paraíso.

Solamente entonces, la tripulación estalló en gritos de contento, celebrando la evasión del cerco a que estuvieron sometidos y el librarse definitivamente del peligroso ataque de las astronaves azules.

Fue entonces cuando Terence apreció el mal funcionamiento de uno de los potentes impulsores.

Se lamentó:

—¡Lo que faltaba...!

—¿Qué sucede, Terence?

—El impulsor de babor está fallando. No tendremos más remedio que aterrizar para subsanar la avería, eso si podemos hacerlo. De lo contrario tendremos que dirigimos al espacio libre, pero ya sabes las dificultades que presenta la ingravidez.

—¿Y si está invadido el terreno por esos asquerosos bichos?

—Por eso te he dicho, si podemos aterrizar.

Para evitar males peores, paró el impulsor averiado y con la ayuda de los otros tres, se dirigió hacia donde instalaron el campamento.

* * *

A medida que se acercaban, no podían dar crédito a lo que veían sus ojos.

El paisaje había cambiado totalmente. Aquella llanura tan frondosa, se había convertido en un desierto.

En el punto de referencia más relevante, que era el extenso lago, no existía nada de agua.

—¿Nos habremos equivocado? —inquirid Steven.

—No, estoy seguro que vamos bien. Mira, allá al fondo están los restos del campamento.

—Sí, es verdad. Pero..., ¿qué ha pasado aquí?

—Unicamente cabe una explicación, los resultados de la acción devastadora de esos galápagos o lo que sean.

El doctor Wayne acudió a la cabina de mando acuciado por lo que decían los muchachos y por aclarar lo que él también vio.

—Pero, oye Terence. ¿Es que vamos a aterrizar en ese desierto? ¿Qué pasa ahora?

—Lo que sucede es que tenemos avería y que ese desierto que dices, no era tal cuando estábamos ahí abajo.

—¿Quieres decir que toda la vegetación y el agua se han esfumado?

—No es necesario decirlo, tus mismos ojos lo pueden contemplar.

Iban descendiendo y Terence hizo un nuevo descubrimiento, no menos insólito que los anteriores.

—¡Eh...! Mirar tras la montaña...

La montaña que había desaparecido, había tomado consistencia de nuevo y en su seno se apreció lo que podía ser una ciudad.

Steven manifestó:

—¡Atiza...! Aquello parecen edificaciones...

—Si, eso parece —adujo Wayne.

—Aproxímate, Terence.

—Lo siento, Steven, dadas las condiciones con que volamos, no me voy a exponer a que nos hagan cisco, después de haber salido de dos situaciones comprometidas. Pueden derribarnos desde tierra.

Una vez más se impuso el buen juicio del capitán y no insistieron aunque estaban muertos de curiosidad.

Antes de tomar tierra se cercioró de la inexistencia de tortugas-hormigas.

Ni una sola se veía, todo era destrucción por donde miraban.

Del campamento, sólo quedaban destrozos y las cajas metálicas que tan buen papel les hicieron.

Se posaron en aquellas áridas tierras que el día anterior resultaban tan acogedoras.

Terence, haciendo uso de los prismáticos observó la montaña.

En la falda de ésta todavía se extendía una zona que llegaba en parte a la llanura.

Eran tortugas-hormigas que iban trepando unas sobre otras, para ir llegando a la cumbre.

Una vez allí, encajaban perfectamente sus caparazones, ocultando sus patas en los mismos.

Parecía imposible y de no verlo con sus propios ojos, jamás hubiera podido pensar que aquella superficie rocosa, no era más que infinidad de caparazones.

Y la montaña iba aumentando de altura a medida que iba desapareciendo la mancha oscura de la llanura.

Terence solicitó de Steven y de Wayne:

—Por favor, mirar hacia la montaña y decirme si no estoy loco por lo que he visto.

El doctor y el subteniente se quedaron con la boca abierta ante lo que estaban contemplando.

—¿Qué me contestáis? —inquirió el capitán.

—No, no estás loco —confirmó el doctor.

—Inaudito… Jamás hubiera creído… —sólo pudo decir el subteniente.

Pronto corrió la voz de lo que estaba sucediendo y todos los componentes de la tripulación quisieron observar aquel fenómeno.

CAPITULO XIII

El resto del día estuvieron ocupados en la reparación del impulsor de babor, que presentó una avería más seria de lo que en principio se creyó.

La noche se les echó encima y en previsión a lo que les había ocurrido, el capitán determinó que pernoctaran en la misma astronave, con la orden expresa al centinela de turno que a la menor anomalía que notara, diera la alarma.

Afortunadamente nada ocurrió y tan pronto amaneció ya estaban todos de pie.

Terence reunió a toda la tripulación y les expuso sus planes:

—Detrás o dentro de esa montaña que habéis visto desaparecer y formarse de nuevo por esos animales, hay una ciudad. Podríamos efectuar un reconocimiento con la astronave, pero lo más seguro es que cuenten con defensas y en un abrir y cerrar de ojos nos aniquilarían.

Todos sin excepción estaban pendientes de las palabras de su capitán, quien continuó:

—Nadie ignora de qué está formada la montaña y el peligro que esto entraña. Sospecho que debe de existir algún medio por donde se pueda entrar y salir a esa ciudad. Me afirmo en ello ante el hecho de que las mucha- chachas, que todos recordáis, aparecieron y desaparecieron sin que se les haya visto por ninguna parte.

A la mención de las muchachas, al que más y al que menos, sus ojos se iluminaron ante el recuerdo de su respectiva costilla.

—Pues bien, necesito voluntarios que me acompañen para tratar de introducirnos en la ciudad oculta. Para ello haremos uso de los esferoides trepadores.

Nada más terminar la palabra voluntarios, todos dieron un paso al frente.

El capitán les miró sonriente, para decirles:

—Gracias, me llena de satisfacción vuestro rasgo, pero sólo necesito la mitad de la tripulación, ya que el resto se quedará en la

astronave para defenderla en caso de algún ataque o acudir en nuestra ayuda si la necesitamos.

Como no había forma de ponerse de acuerdo, se recurrió al tradicional sorteo.

De la astronave desembarcaron los "esferoides trepadores", que eran unos vehículos biplazas muy adecuados para la misión que iban a emprender.

Tenían la forma de casi una esfera regular, cuyos casquetes laterales sobresalían de la zona comprendida en el centro.

La zona central era translúcida y todo estaba recubierto de un material altamente resistente a cualquier impacto o presión que se ejerciera sobre los mismos.

La característica de estos esferoides trepadores era que el ocupante o los ocupantes, gracias a un sistema de deslizamiento hidráulico, siempre estaban sentados en posición horizontal, por más que variara la posición externa e irregular que fuera el terreno por donde se deslizaran.

Interiormente disponían de unas palancas de mando para dirigirlos a voluntad del ocupante.

El capitán, el subteniente y los muchachos de la tripulación que tenían que acompañarles, ocuparon cada uno de los vehículos, que aun siendo de dos plazas, Terence consideró que al llevar menos peso, lo ganarían en movilidad.

En la astronave se quedaban el doctor Wayne, el sargento Mark y el resto de la tripulación que despidió a la expedición deseándoles éxito.

En dos filas de cinco esferoides trepadores cada una, partieron hacia la montaña formada por las tortugas- hormigas.

Sin ninguna dificultad treparon por la misma y los temores que en un principio le asaltaron al capitán de que se removieran aquellos animales al notar algo extraño sobre ellos, quedaron desvanecidos al comprobar más tarde que permanecían firmes en el lugar que se fueron encajando con sus caparazones.

El reconocimiento de la montaña, les llevó mucho tiempo sin que encontraran una abertura por parte alguna.

Terence dio la orden de descender para tomar un descanso y

cuando ya estaban todos reunidos al pie de la montaña e iba a conceder permiso para que abandonaran los esferoides trepadores para desentumecer un poco los músculos, se detuvo en seco.

Observó, que no lejos de donde estaban, había un pequeño hueco y al fijarse mejor, pudo comprobar que aquellos caparazones poseían cierto movimiento y poco a poco el hueco se iba haciendo mayor.

Entonces se explicó por qué no dieron con el mismo, puesto que materialmente recorrieron toda la montaña palmo a palmo.

Ahora, seguramente, se iniciaba el proceso de la abertura.

Esperó un rato y luego de tener plena seguridad de que aquello era un hecho, le comunicó al subteniente:

—Steven, a mi izquierda se ha abierto un boquete. Sospecho que se trata del acceso que buscábamos. Me voy a introducir en el mismo y de estar en lo cierto, ya os lo comunicaré para que me sigáis.

—¿No será demasiado arriesgado, Terence?

—Hay que correr esa eventualidad. Si no regreso, tomas el mando.

Iba a replicar el subteniente, pero sabía que era inútil. El capitán era incapaz de arriesgar a uno de sus hombres y por eso, cuanto representara un gran peligro era él quien se enfrentaba con el mismo.

Por todo ello, Steve se limitó a contestarle:

—Está bien, esperamos tus órdenes.

Le vieron dirigirse hacia aquel hueco que holgadamente permitía el paso del esferoide trepador y cómo desapareció en el mismo.

A los nueve hombres les embargaba la misma ansiedad, la de recibir noticias de su capitán cuanto antes.

Aunque les pareció que la espera se prolongaba más de la cuenta, en realidad no pasó mucho tiempo cuando recibieron la orden del capitán:

—Adelante, hemos dado con lo que buscábamos.

Inmediatamente aquellos vehículos redondos se pusieron en movimiento, siguiendo al del subteniente que iba en cabeza.

A medida que se adentraban, el pasadizo se iba ensanchando y al

final del mismo se encontraron con que el capitán les estaba esperando.

Lo que vieron ante sí les dejó sorprendidos. Allí había una verdadera ciudad de dimensiones reducidas y completamente cubierta, albergada bajo la protección de aquellos caparazones.

Cuando estuvieron todos, Terence les dijo:

—Seguidme.

Evitando toda zona iluminada, se dirigieron hacia la parte posterior de un edificio que parecía el principal, cuya zona de atrás estaba en completa penumbra.

Terence no había perdido el tiempo en la espera de que llegaran sus hombres y dedujo que alguien importante habitaba el edificio o algo de valor encerraba, puesto que en la puerta principal había dos centinelas.

El capitán, les dio a entender que se apearan de los esferoides, pues no quería hacer uso de las ondas radioeléctricas por si eran detectadas.

Una vez reunidos a su alrededor, en voz baja les fue comunicando sus planes.

Ya estaba concluyendo, cuando en los muros de la parte posterior del edificio se abrió una puerta apareciendo iluminado el hueco.

Terence inmediatamente les susurró:

—¡Al suelo y quietos!

Vieron recortarse a contraluz una silueta femenina con abundante cabellera rubia.

El corazón de Terence le dio un vuelco. Aquélla no podía ser otra más que Beth.

Se la vio mirar hacia atrás, como si temiera algo y luego cerrar la puerta y echar a correr.

Ellos, más acostumbrados a la oscuridad, vieron que la muchacha a la fuerza tenía que pasar muy cerca de ellos.

Terence se levantó y cuando la tuvo al alcance, se lanzó sobre ella tapándole la boca con una mano.

Aun así, todos pudieron oír un grito apagado de la joven.

Terence le susurró:

—¿Eres tú, Beth?

La muchacha pareció serenarse al oír aquella voz y afirmó con la cabeza.

Entonces él le quitó la mano de la boca y la muchacha se abrazó a él, musitando en medio de sollozos:

—¡Oh, capitán…! Te creía muerto… ¿Estáis todos bien? ¡Es terrible…! Me he enterado de todo, de todo… —terminó sollozando.

—Vamos, vamos… Cálmate… ¿De qué te has enterado?

La muchacha parecía dominada por una idea fija, al contestar:

—Es un engendro de maldad, una asesina en potencia. ..

—¿Pero quién?

—La jefa, esa mala mujer…

—¿Te quieres calmar de una vez y explicarme lo que sucede?

—Sí, sí… Te lo voy a decir.

—Antes que nada, contéstame a una pregunta. ¿Estamos aquí seguros?

—Sí, hasta dentro de una hora.

—Pues empieza. Te escucho, Beth.

—Zelina es la jefa de toda esta ciudad y sus fábricas de joyas. La creía una buena amiga, muy bondadosa con todas nosotras a las que nos colmaba de dádivas y deferencias. No sospeché nada de ella, hasta que tú me dijiste aquello de que las expediciones precedentes habían desaparecido…

—Sigue.

—Entonces me recelé algo, por recordar que antes de desaparecer la expedición anterior a vosotros, a toda la ciudad nos obsequió con un banquete en que nos sirvieron una bebida especial, muy gustosa al paladar…

—¿Y…?

—Hice como que la ingería, pero no probé gota de ella y fui observando que todos los allí reunidos adquirían una mirada de ausencia, como dominados por algo. También pude darme cuenta que Zelina, sus astronautas y otros allegados, no tomaron de aquel licor o pócima.

Transcurrido un buen rato, cuando ya no quedaba licor en aquellos recipientes, con una voz desconocida para mí, Zelina, dijo:

"—Súbditos de mi ciudad, fuera de nuestro confín tenemos unos enemigos a los que voy a destruir. Vuestra jefa, velará por vosotros. No veréis nada porque quiero evitaros horrores y permaneceréis dormidos hasta pasado un día y medio.

—¿Y qué ocurrió?

—Todos, como autómatas, se fueron levantando y marchándose a sus alojamientos.

—Yo, naturalmente, para no descubrirme, me fui con mis compañeras, que tenemos la residencia en ese edificio que también lo ocupa Zelina y que es Sede de gobierno a la vez.

—Salvo ella, sus secuaces y yo, toda la ciudad estaba sumida en un prolongado sueño y entonces pude ver y oír cosas horribles...

—¿Qué es ello?

—Cómo la bóveda que cubre la ciudad iba desapareciendo, de qué forma se iban deslizando esos asquerosos animales desapareciendo las montañas y extendiéndose por la llanura hacia donde estabais vosotros destruyéndolo todo...

—Oculta en una estancia contigua a su despacho y puesto de mando, me enteré que en las fábricas confeccionan joyas falsas según modelos que se han fotografiado tridimensionalmente de los auténticos existentes en establecimientos de la Tierra y que luego, con la ayuda de colaboradores, roban y los sustituyen por los falsos, sin que noten el cambio debido a la perfección alcanzada...

—¿Y qué más?

—Habló con odio de un capitán adscrito a la Base de no me acuerdo del nombre, que le "había robado" un tesoro de auténticas joyas y por su culpa tuvo que abandonar el refugio que tenían en la Tierra...

—Después se enfureció mucho cuando lograsteis salir con vida de

la destrucción de los animales y ordenó a los astronautas que os mataran a toda costa…

—Esto fue lo más agradable que oí de ella, al enterarme que no había logrado sus propósitos.

—Nunca he oído a una mujer expresarse con tanto odio y con palabras más soeces…

—Ahora está esperando a que pasen los efectos del somnífero para que salgan nuevos astronautas precisamente con las naves pertenecientes a las tres expediciones de vuestros compañeros y os destruyan de una vez…

—¡Oh, capitán…! Es terrible todo lo que me he enterado…

Terence, como mejor podía, procuraba consolarla prodigándole sus caricias, pero se sobrepuso a los sentimientos que le despertaba la proximidad de la hermosa joven y preguntó:

—¿Has dicho que toda la ciudad está dormida?

—Sí, salvo ella y sus reducidos secuaces.

—¿Sabes si el astródromo está custodiado?

—Creo que no, a lo sumo por muy poca gente.

Terence pareció meditar unos momentos y después se dirigió al subteniente, indicándole:

—Steven, con cuatro de nuestros hombres os dirigiréis al astródromo que ya sabéis donde está emplazado. Es preciso, a toda costa, que sustraigáis los " relés " de seguridad de las astronaves. Sin esto, en caso de que quieran hacer uso, no podrán elevarse ni moverse.

—A la orden.

—Hacer uso de los esferoides. Comunícame si tenéis dificultades, en caso contrario nos reuniremos en este mismo lugar. En marcha.

CAPITULO XIV

Una vez Steven se hubo marchado, Terence le preguntó a la muchacha:

—Beth, ¿nos podrías conducir hasta donde está Zelina?

—Sí, pero...

—No temas, sabemos valernos por nosotros mismos.

La muchacha notó tanta seguridad en las palabras del capitán, que todos sus temores se esfumaron, diciendo:

—Si, vamos.

El capitán, la joven y los cuatro muchachos, se introdujeron por la puerta que había salido Beth.

Al cruzar uno de los pasillos, Terence vio a los dos centinelas de la puerta principal.

Se paró un momento y dijo más bien para sí:

—Si pudiéramos reducirlos... Esos pueden representar un peligro inmediato.

Beth, aunque el capitán nada le dijo de sus planes, intuyó lo que pretendía y deseando ser parte activa, dijo:

—De eso me encargo yo. Les llamo, los atraigo y vosotros, ¡zas!, los anuláis al momento.

—Magnífico, Beth. Puedes ponerlo en práctica.

La joven, con toda naturalidad, se fue hacia ellos y hasta incluso pareció que se contoneaba para llamar más la atención.

Y próxima a ellos, les dijo con voz bien timbrada:

—¡Eh, vosotros! La jefa ordena que vengáis conmigo.

Los dos centinelas la siguieron con mirada ávida, pero nada más volver una esquina, notaron que el firmamento se les representaba en sus mentes a consecuencia del golpe recibido en sus ilusionadas cabezas.

El maniatarlos y dejarlos a buen recaudo, fue cuestión de segundos.

—Buen trabajo, Beth. Adelante.

Llegaron a la estancia donde la muchacha escuchó todo cuanto le relató al capitán.

Se oían voces, pero eran más lejanas.

Con cuidado Terence entreabrió la puerta dejando tan sólo una rendija. Allí no había nadie.

—Beth, ¿de dónde pueden proceder esas voces?

—Del salón de conferencias que está contiguo al despacho de ella.

Entraron en el despacho de ella y lo primero en que se fijó el capitán fue en un panel de mandos que estaba frente a la mesa.

Experto en electrónica, a juzgar por los indicadores y disposición del mismo, inmediatamente supo que se trataba de un impulsor de frecuencias.

Le confirmó su sospecha al leer en uno de los mandos:

"Activación, ataque, regreso, formación."

Acto seguido, sin saber por qué, lo relacionó con las tortugas-hormigas.

Ordenó a los muchachos que se apostaran tras la puerta y detuvieran a todo aquel que entrara. Mientras él se disponía a manipular en el impulsor de frecuencias.

Más no le dio tiempo de nada. Una voz airada de mujer se aproximaba y de un empujón abrió la puerta para penetrar en la estancia que ellos ocupaban, seguida de cuatro de sus incondicionales.

Ella y quienes la seguían quedaron paralizados ante la inesperada visita del capitán y de Beth.

Los muchachos de su tripulación hicieron mención de lanzarse sobre los hombres que acompañaban a la mujer, pero se contuvieron a una señal imperceptible del capitán y que ellos captaron muy bien.

El capitán y Beth se alejaron de la mesa con intención de ocultarse, pero no les dio tiempo.

Pasado el primer momento de sorpresa, aquella mujer preguntó con iracunda voz:

—¿Qué haces tú aquí, Beth? ¿Quién es ese hombre? ¡Contesta!

Pero el que tomó la palabra fue el mismo capitán:

—Referente a quién soy, aunque sin vernos, ya somos viejos conocidos. ¿Te dice algo Los Aguiluchos...?

—¡Tú...! Has llegado demasiado lejos, capitán. Eres un cretino si imaginas que vas a salir con vida de ésta. Me has originado demasiados perjuicios destruyendo mis naves, haciéndome abandonar mi refugio en aquella región, robándome un tesoro que ahora tendrás que entregar si quiéres que salve el pellejo esa idiota que tienes a tu lado y que tan amorosamente la tienes cogida.

En estos momentos Terence recibió la señal convenida con Steven de que ya habían inutilizado las astronaves y se encontraban tras el edificio esperándoles.

El capitán esbozó una sonrisa, para decirle:

—Estás añadiendo otro error a los muchos que has cometido en tu existencia. No te he robado el tesoro, como dices, puesto que no he hecho más que usurparlo a una banda de desaprensivos a tus órdenes, sobre quien pesa, además, la desaparición de muchos seres humanos.

Unas carcajadas desagradables salieron de aquella garganta femenina, que cesaron bruscamente al manifestarle:

—Eres muy audaz, capitán. Te has librado de mí en muchas ocasiones, pero éste es tu fin. ¡Detenerle!

Los hombres que le acompañaban dieron un paso, pero se abstuvieron de dar otro, cuando el capitán con voz de mando, les ordenó:

—¡Alto...! Molestaros en mirar a vuestras espaldas y comprobaréis que no os conviene moveros de donde estáis.

Se volvieron bruscamente y pudieron comprobar que el capitán no les mentía.

Los cuatro hombres de su tripulación les estaban apuntando con

sus armas.

La mujer, llena de pavor, gritó:

—¡Centinelas...!

—No te molestes en llamarles, aunque grites, los pobrecitos no te pueden oír. Y voy a añadir otra cosa: Las cosmonaves que usurpaste a costa de la muerte de tres expediciones, están inutilizadas para el vuelo. Mis hombres se han encargado de ello.

—¡No es verdad, no es verdad! ¡Sólo pretendes burlarte de mí...! ¡No saldréis nadie con vida de aquí, os devorarán como a gusanos...!

Aquella mujer parecía una poseída, incluso parecía que los ojos le iban a saltar y aparecían espumarajos en sus fauces como una flema rabiosa.

Volvió a gritar:

—¡Mirar lo que os espera...!

Desde donde estaban pudieron apreciar que la bóveda que cubría la ciudad desaparecía. Las tortugas-hormigas habían sido activadas.

En el momento que ellos miraron, fue aprovechado por la mujer que huyó de allí para momentos después salir por la puerta principal donde estaban aquellos centinelas que apresaron.

Pero no pudo dar más que dos pasos en su loca carrera. Varios de aquellos animales que ella misma dominaba a su antojo, se le echaron encima y en un abrir y cerrar de ojos desapareció.

Beth se abrazó horrorizada al capitán, gritando:

—¡Ya están ahi otra vez...! ¡Moriremos todos...!

Los cuatro hombres adictos a Zelina, quedaron donde estaban inmovilizados por el pánico.

Terence pensó inmediatamente en dirigirse a los esferoides, pero era demasiado tarde.

No se explicaba cómo había logrado activar a aquellos voraces y horripilantes bichos.

Vio a los esferoides trepadores ocupados por Steven y sus hombres que se abrían camino entre las tortugas- hormigas y que iban en su auxilio.

Pero no les daría tiempo de llegar adonde estaban ellos.

El capitán, de un salto, se colocó en donde estaba el panel de mandos.

Manipuló febrilmente en aquel complicado circuito.

Las tortugas-hormigas ya trepaban por las paredes y dentro de poco invadirían la estancia que ocupaban.

No podía arriesgarse a accionar el mando en la posición de retorno, puesto que ignoraba en qué tiempo lo harían y si dejaban de devorar cuanto encontraban a su paso.

Por fin, Terence terminó de efectuar una derivación por la que la onda radioeléctrica tendría que resultar mortal de necesidad para aquellos bichos.

Beth, sus hombres y los detenidos contemplaron con horror cómo ya entraban en la estancia.

Terence tenía la frente sudorosa del esfuerzo que tuvo que hacer por conseguir aquello.

Sin dilación estableció contacto y fue curioso contemplar cómo aquellos animales se detuvieron en seco, para luego desaparecer convertidos en humo.

Un respiro de alivio se escapó de todos ellos y entonces pudo darse cuenta Terence que en el suelo había un doble mando, lo que explicaba cómo aquella loca mujer logró sus propósitos, propósitos que le resultaron fatales.

Beth se abrazó emocionada a Terence, al que ahora quería mucho más por su audacia e inteligencia.

Al poco rato apareció Steven con los esferoides y sin salir de su asombro preguntó:

—¿Qué ha pasado, Terence...?

—Nada, que un hada buena ha velado por nosotros.

* * *

El mismo coronel Milles se presentó con los refuerzos que prometió al capitán, refuerzos que ya no le hicieron ninguna falta.

Terence le puso al corriente de todo. El misterio de la desaparición de las expediciones quedaba al descubierto.

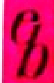
Aquella maquiavélica Zelina se encargaba de destruirlos para que no descubrieran sus robos y fraudes.

Quedaba un último punto, la recogida de las joyas auténticas y la devolución a sus auténticos dueños.

Esto se llevó a cabo con toda rapidez y días más tarde, el comandante recién ascendido, Terence Stacy, contraía matrimonio con la bella Beth, la cual lucía auténticas joyas regaladas por quienes sufrieron aquellos robos.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.